

*Los enclaves fenicios en el África noroccidental:
del modelo de las escalas náuticas al
de colonización con implicaciones productivas **

Fernando LÓPEZ PARDO
Universidad Complutense de Madrid

A José M.^a Blázquez Martínez, que tantos caminos ha abierto
a la investigación

Desde que empezaron a proliferar los estudios sobre los fenicios en Occidente, los asentamientos africanos han sido incluidos, con mayor o menor fortuna, en modelos explicativos que afectaban a todo el proceso expansivo en el Extremo Occidente, pero la mayoría de las veces se ha hecho un análisis neopositivista de los mismos a menudo contradictorio y casi siempre desvertebrado. Esta segunda línea de trabajo resulta hoy en día de escaso interés pues sólo ha aportado logros muy puntuales y es manifiesta su incapacidad para explicar globalmente las líneas directrices de la presencia fenicia en Occidente. Respecto a los primeros, sin embargo, es necesario hacer un esfuerzo clarificador, tanto en lo que se refiere a los propios modelos como al grado de integración de la documentación africana en ellos, que es en definitiva lo que les confiere validez científica.

Hasta los años 70 nadie se cuestionaba el carácter totalmente comercial de la colonización fenicia en el Extremo Occidente. El modelo dominante en la época se articulaba sobre un esquema simple de intercambios de materias primas por manufacturas importadas de Oriente. Otras actividades económicas se consideraban meramente subsistenciales. No en vano las fuentes literarias antiguas destacan reiteradamente los aspectos comerciales de esta expansión. La incipiente investigación arqueológica seguía los

* Autorización de publicación del INSAP del 17 de mayo de 1996.

pasos marcados por la tradición literaria confirmando, aparentemente, algunos extremos señalados en los textos y dejando los no coincidentes en suspenso, como la fundación de las primeras colonias en el segundo milenio a.C.

En los primeros trabajos sistemáticos, las categorías de asentamientos se amoldaban a este esquema rudimentario. Llegaron a ser definidos básicamente tres tipos de asentamientos aunque con muy diversa terminología: ciudades, factorías y mercados. Con posterioridad fueron aquilatadas las anteriores categorías a partir de nuevas formulaciones teóricas y de los nuevos hallazgos. Así pudo establecerse una gradación entre las factorías, desde las de carácter temporal o estacional, como Essaouira (antes Mogador) hasta los centros estables con almacenes con funciones redistributivas para otras factorías, como Toscanos. También tuvo una gran repercusión el término *port of trade*, cuyo uso fue muy equívoco, ya que lo mismo se llegó a aplicar a la ciudad de *Gadir* como a mercados indígenas controlados por una autoridad local, como en el caso de Huelva, aplicación que se aproxima más a la formulación de K. Polanyi (1963: 39-45). Por otro lado se propusieron nuevas categorías tras el descubrimiento de enclaves fenicios que no parecían encajar bien en los prototipos propuestos, pero siempre dentro del modelo de organización comercial simple. P. Cintas (1948: 8) sugirió una nueva clase de hábitat, la escala náutica. Según el arqueólogo francés, los barcos púnicos necesitaban hacer escalas nocturnas y por lo tanto el litoral debía de estar jalonado de estaciones regularmente distribuidas con una distancia entre ellas de menos de treinta kilómetros. De esta manera, un número importante de yacimientos fenicios, que empezaban a descubrirse y a los que no era posible atribuir fácilmente una relación comercial destacada con los indígenas del entorno, dejaron de ser considerados factorías mercantiles y pasaron a ser imaginados como escalas náuticas.

El primero en intentar aplicar esta idea de forma sistemática fue Guy Vuillemot (1965: 47), a partir de sus prospecciones en la costa del Oranesado. Y fue él el primero en darse cuenta de las dificultades para aplicar el modelo sugerido. El espaciamiento de los enclaves en la costa de Orán, no respondía a la teoría de las escalas regulares. El desigual alejamiento entre las factorías destruía el rigor del argumento de Cintas acerca del necesario ataque nocturno en enclaves fenicios, pues a veces existe una extensa franja costera sin ocupar y sin embargo, en otras zonas, se encuentran yacimientos muy próximos entre sí como los de Mersa Madakh y Mersa Bou Zedjar, o Camerata y Siga. Según el autor había que buscar otro criterio para estas instalaciones. Probablemente se relacionaba su ubicación con algún componente del paisaje, como lagunas, estuarios de ríos, etc., aunque

dada la disparidad de emplazamientos no se decantó por ninguno de ellos. A pesar de las dudas planteadas tan honradamente, este investigador no llegó a imaginarse otra posibilidad que la de escalas navales, aunque irregularmente distribuidas, para los yacimientos fenicios y púnicos en la costa oranesa. Las paupérrimas posibilidades agro-pecuarias y la escasa densidad de población autóctona le hacían descartar cualquier otra posibilidad. Así el título de su memorable obra da fe de esta convicción, *Reconnaisances aux échelles puniques d'Oranie*.

El problema del escaso espaciamiento entre los poblados fenicios costeros, ya advertido por G. Vuillemot para la región de Orán, empezaba a señalarse en la costa mediterránea española diez años después, de una forma más extrema, pues en la región argelina la distancia entre los asentamientos más próximos en época púnica era superior a diez Km, mientras en la costa de Málaga y Granada la separación era aún más exigua. Empezó a ponerse de manifiesto que la gran profusión de establecimientos a tan cortas distancias parecía un empeño bastante mayor del necesario para el apoyo de la navegación (BONDI, 1984: 83). Con más énfasis C. G. Wagner y J. Alvar (1989: 89-90) han señalado que «las servidumbres náuticas de los fenicios en esta época no requerían varaderos tan cercanos, e incluso, aunque no fuera habitual, los fenicios podían prescindir del atraque nocturno».

En suma se consideraba que la función de escalas necesarias para la navegación podía ser asumida por enclaves con otras actividades principales o incluso no tenía por qué existir. La constatación de esta problemática en la Península Ibérica ha servido para profundizar en el análisis de la colonización fenicia en la costa de Andalucía Oriental. Unos, los menos, han intentado descubrir aquello que se venía negando insistentemente, el rastro de una relación comercial entre los asentamientos fenicios costeros y las comunidades indígenas del interior, otros, enormemente escépticos con esta posibilidad, buscaron nuevas explicaciones que a la postre planteaban otra colonización de carácter agrícola además de la realizada con fines comerciales. Por su parte la costa norteafricana no fue objeto de nuevos planteamientos y por este motivo yacimientos como Sidi Abdselam del Behar, Cudia Tebmain, Rachgoun y Mersa Madakh han seguido siendo considerados escalas hasta ahora.

Creemos que con respecto a la costa norteafricana no se puede seguir aplicando este patrón de asentamiento y tampoco es operativa una vuelta a la tesis tradicional, sobre todo en razón de los nuevos hallazgos que muestran una realidad mucho más compleja de la imaginada en el pasado. En ese esquema ya es imposible insertar los cada vez más diversos tipos de asentamientos en cuanto a sus fuentes de recursos y sin un patrón homogéneo

en su relación con el entorno geográfico. Es necesario pues trascender el modelo de la colonización comercial esquemática con escalas náuticas, que fue acuñado precisamente para el África mediterránea y replantearse globalmente las características de la colonización fenicia en este ámbito desde una nueva perspectiva. Por ello planteamos aquí una revisión de la información ya conocida sumándole los nuevos datos de que disponemos y despojándola de las interpretaciones hechas al hilo de la explicación dominante en su época y ver si es posible su articulación en un modelo más complejo de actividades económicas interdependientes.

EL TIEMPO DE LAS PRIMERAS CIUDADES: *LIXUS*

La cuestión cronológica sigue siendo clave para determinar la posición de *Lixus* en el proceso de colonización en la costa africana, así como su papel en la estrategia general fenicia en Occidente. El importante yacimiento atlántico, a partir de una lectura incompleta de los restos arqueológicos, ha sido generalmente situado cronológicamente en una fase tardía de la expansión fenicia, y últimamente incluso en el proceso de colonización desarrollado en el siglo VII a.C. desde uno o varios enclaves occidentales. Es decir se trataría de una fundación realizada a partir de una colonización secundaria, un enclave más del proceso de expansión en el que se insertarían Rachgoun y Essaouira (antigua Mogador). Así pues cualquier interpretación sobre el carácter de la fundación *lixita* y su implicación en el territorio en el que se instaló venía mediatizado por este hecho. Se rechazaba de plano o se negaba todo indicio de veracidad a las fuentes literarias que señalaban que *Lixus* fue fundada al comienzo de la presencia fenicia en Occidente.

Hoy por hoy nosotros consideramos a *Lixus* como el primer establecimiento fenicio que se instaló en la costa atlántica africana, ya sea en el s. VIII a.C. o incluso un poco antes (HABIBI, 1992: 145-153; ARANEGUI y otros, 1992: 10-11; LÓPEZ PARDO, 1992: 87-89; LÓPEZ PARDO, 1995). También valoramos que desde el primer momento fue el gran centro regional de la fachada atlántica africana, atribuyéndosele una cierta equiparación desde el origen con *Gadir*, cuyo paralelismo aparece reflejado en Estrabón (XVII, 3, 2) y con otros grandes centros mediterráneos como Cartago, señalado explícitamente por Plinio (V, 2, 4) y que además conservó sus señas de identidad claramente orientales hasta época romana, al menos en la construcción de sus imponentes templos (Blázquez, 1989: 552-561).

Lixus era una fundación de grandes dimensiones y con estructura urbana

ya desde finales del s. VIII a.C.¹, fenómeno enormemente raro en la colonización fenicia del Extremo Occidente, donde conocemos sobre todo pequeños enclaves costeros. Aparte de *Lixus* solamente aparecen documentados arqueológicamente para esa época dos enclaves con tejido urbano, Cádiz y Castillo de D.^a Blanca, a los que se puede sumar en el s. VII a.C. Toscanos. El carácter urbano de la primera fase de la colonización es señalado por otra parte de forma muy genérica por algunas fuentes (Strab., I, 3, 2, *póleis éktisan*).

La datación alta despeja muchas dudas acerca de las razones de la instalación, apuntando claramente a la actividad comercial como causa fundacional. Para darnos cuenta de ello baste sólo imaginarnos el asentamiento *lixita* en un país virgen, cuyas posibilidades comerciales no podían ser limitadas por ninguna otra fundación. El estuario del Loukkos es el primer fondeadero, considerado como tal, viniendo del Estrecho, por lo tanto este era el primer lugar propicio para un asentamiento comercial. Dicho estuario era frecuentado incluso antes de los fenicios, como parece demostrar el hallazgo de una espada tipo Rosnoen en la desembocadura (RUIZ GÁLVEZ, 1983: 63-68). Las condiciones portuarias eran excelentes, no sólo por lo abrigado de la desembocadura sino también por la existencia de un puerto protegido por la propia colina del asentamiento (Fig. 1). A su vez, el cauce del Loukkos le permitía una rápida penetración hacia el interior del país, por un lado hacia la fértil llanura del Gharb y por otro hacia el sistema rifeño. Cerca de la localidad, a lo largo del curso del río se encuentran dos rufios viarios de primera magnitud en época antigua, Ksar el Kebir y Telata de Reisana que comunican el extremo norte y el sur del país. Naturalmente es necesario destacar también el importante papel que pudo desempeñar el puerto de *Lixus* para la navegación a lo largo de la costa atlántica².

¹ Han aparecido materiales fenicios arcaicos en múltiples lugares de la colina, así por ejemplo en el «Sondeo del Campamento», en la «Cata del Algarrobo» y en la «Plataforma de los Templos» (TARRADELL, 1960: 152) lo cual nos permite reconocer un área de ocupación de entre 10 y 14 ha. Precisamente la elección de la colina de Tchemish, de grandes dimensiones, en vez de un promontorio más pequeño, nos sugiere la voluntad fenicia por establecer un asentamiento de gran envergadura desde el primer momento, como sucede también en Castillo de D.^a Blanca cuya plataforma fue ocupada en la segunda mitad del siglo VIII a.C. en una extensión al menos de 5 ha. (D. RUIZ MATA y C. J. PÉREZ, 1995: *El poblado fenicio del Castillo de D.^a Blanca (el Puerto de Santa María, Cádiz)*, El Puerto de Santa María).

² Nos es imposible valorar por el momento el papel que pudo jugar el considerable potencial agrícola y pesquero de la zona en el comienzo de la instalación fenicia. No olvidemos sin embargo, que el territorio estaba muy poblado y era intensamente explotado a juzgar por los abundantes hallazgos prehistóricos que se registran en la región (BOKBOT y ONRUBIA-PINTADO, 1992: 17-25). En cuyo caso habría que sospechar que el interés de los fenicios estaría dirigido a adquirir el excedente productivo y no a ocupar unas tierras ya muy densamente pobladas.

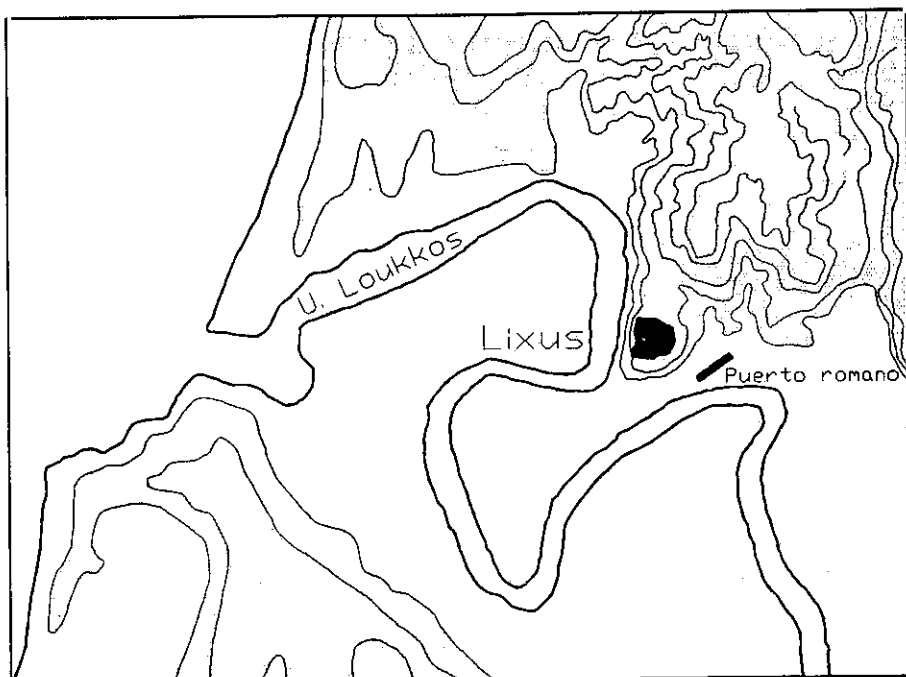


Figura 1.—Lixus.

En cuanto al contexto general de la expansión fenicia, la fundación de *Lixus* se insertaría en un segundo momento de la fase temprana de colonización, la del paso del monocultivo comercial de la plata, la razón primera de la presencia fenicia en Occidente, capitalizado sin duda por Cádiz, al subsiguiente intento de captación de otros recursos de interés del territorio circundante, entre los cuales, el marfil y posiblemente el oro de Marruecos estaban en el primer lugar de interés para los fenicios. Hacemos valer pues para ese momento la afirmación de Diodoro Sículo (5, 35, 5) de que con la obtención de la plata tartésica fue posible la colonización de África, Cerdeña e Iberia.

LA ÉPOCA DE LAS MÚLTIPLES FUNDACIONES

Es necesario descender a un segundo plano cronológico, que arranca de mediados del siglo VII a.C., para descubrir nuevas fundaciones fenicias en la costa africana. Para describirlas vamos a trazar un recorrido tomando como

vértice el cabo Espartel, empezando por la costa atlántica para terminar luego con la mediterránea. Realizando un viaje descriptivo de alejamiento hacia lo desconocido, la tierra ignota cuyo límite marca la mítica *Cerne*, última factoría fenicia de la costa africana y realizando a continuación un viaje de acercamiento a la metrópoli de Tiro siguiendo la costa sur del Mediterráneo.

1. En la costa atlántica

La información arqueológica sobre la costa atlántica es muy pobre, a pesar de haber sido ampliamente prospectada. Incluso los intentos por localizar asentamientos fenicios en lugares propicios, como la desembocadura de los ríos o puertos naturales han sido poco fructíferos. Esta escasez de datos sin embargo contrasta con otros indicios. Según Estrabón (XVII, 3, 2) esta zona era conocida como Golfo Empórico (*Kolpos emporikos*) y tenía tal nombre porque antaño contó con muchos establecimientos comerciales fenicios (*Phoinikikas emporikas*); además sería inaudito que entre *Lixus* y *Essaouira* no hubiera ningún otro asentamiento colonial.

A continuación paso a describir los sitios arqueológicos fenicios descubiertos hasta ahora en la costa africana, incluyendo los de época púnica, que pudieron tener un origen anterior o cuya inclusión nos aporta algo a la comprensión de la problemática de la ocupación del territorio.

Ras Achakar-Yebila (Fig. 2): Es el primer fondeadero practicable de la costa atlántica aunque enormemente precario, pues consiste en una playa parcialmente protegida por la mole del cabo Achakar. Las noticias sobre vestigios de época fenicio-púnica son confusas. Por un lado se ha reseñado el hallazgo de ánforas fenicias y púnicas en dos puntos de la colina de Yebila (PONSICH, 1964: 266). Al pie de esta prominencia, según M. Ponsich (1970: 185), o más cerca del mar, según A. I. Laredo (1953: 360) aparecieron unos fragmentos de cerámica griega, uno de ellos perteneciente a una cratera laconia del s. VI a.C. y el otro a una copa ática de figuras negras del 500-490 a.C. (VILLARD, 1960: 12-14).

La localización en las proximidades de dos necrópolis de la época, que llegaron a ser contemporáneas (PONSICH, 1967) viene a apoyar la idea de dos núcleos de habitación, uno indígena en la colina asociado a la necrópolis de cistas de Yebila y otro fenicio, más próximo al mar, asociado a la necrópolis de cámaras del Ras Achakar, o bien en última instancia un asentamiento indígena con algunos residentes fenicios (LÓPEZ PARDO, 1990a: 24-36). Se puede apreciar claramente en cualquier caso que la presencia

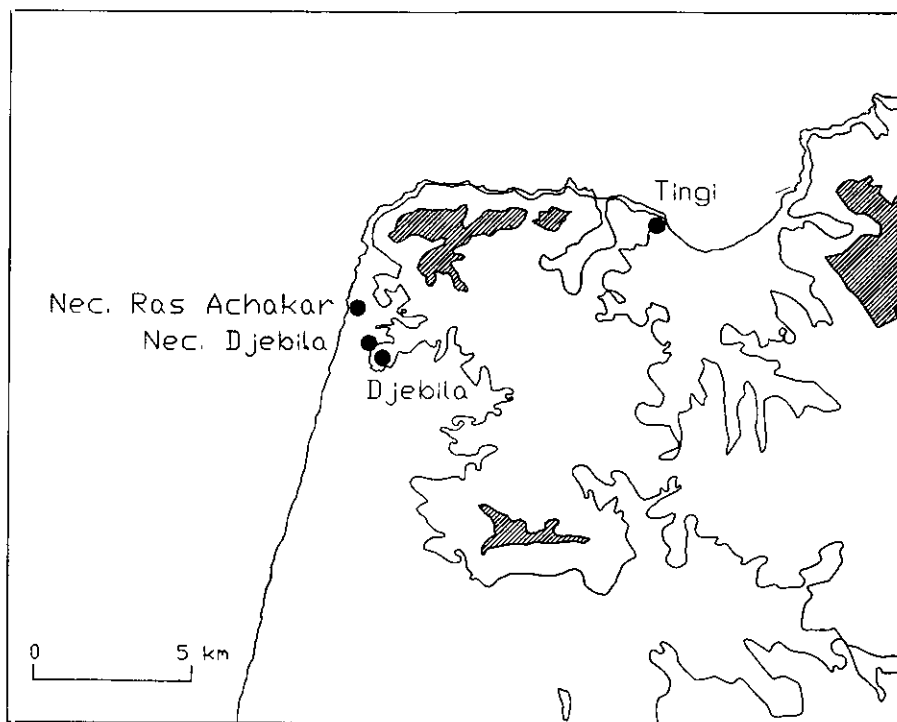


Figura 2.—Región de Tángier.

fenicia en este tramo de costa, que por el momento no se fecha con anterioridad al siglo VI a.C., se debe claramente a su relación con los indígenas y no al mantenimiento de un puerto, por demás inseguro, que hiciera de estación en el camino hacia *Lixus*.

Kouass: En el estuario del uadi Garifa, a mitad de camino entre *Tingi* y *Lixus*, se localizaron unos hornos de alfarero cuya misión principal era surtir de envases a unas factorías de salazones que debían encontrarse en las proximidades, como demuestra la abundante presencia de ánforas claramente destinadas a la conservación del pescado (LÓPEZ PARDO, 1990: 23). La fecha más alta atribuida a la documentación arqueológica es fines del s. VI a.C. (LÓPEZ PARDO, 1990a: 20). La presencia colonial en este ámbito está claramente relacionada con la producción pesquera y como centro artesanal que provee de diversas manufacturas a colonos e indígenas en un amplio radio de acción (PONSICH, 1967a: 369-405; AKERRAZ y otros, 1981-82: 169-244) (Fig. 3).

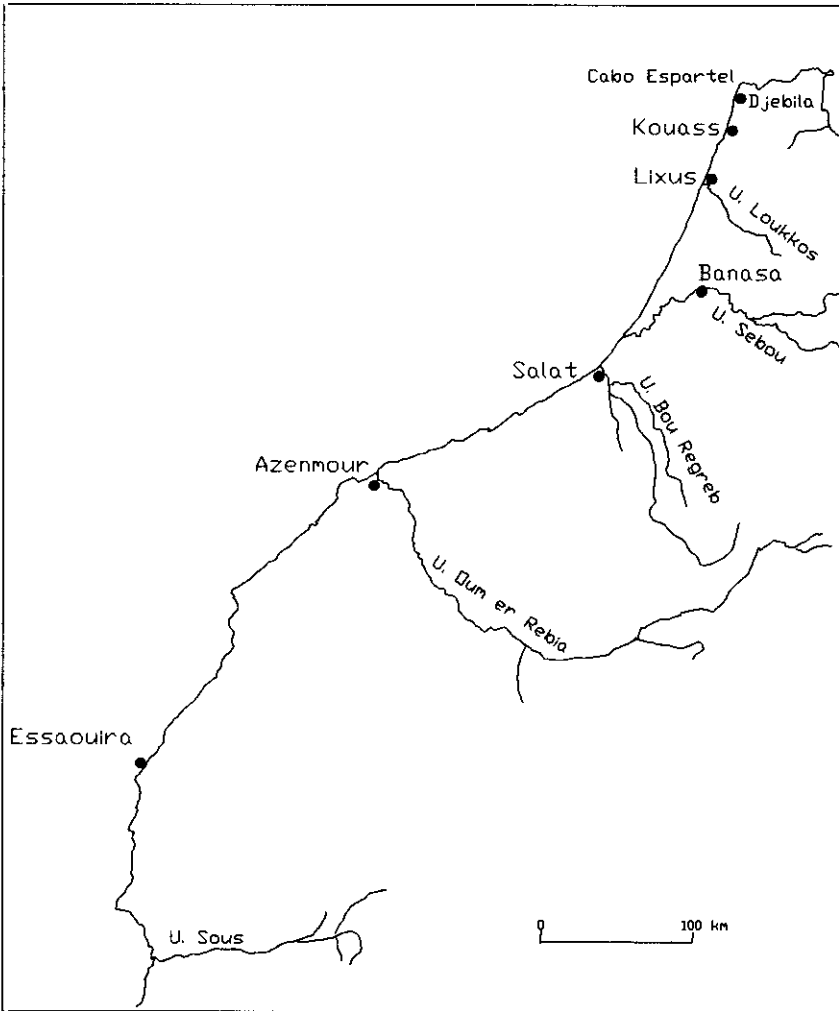


Figura 3.—Asentamientos en la costa atlántica.

Las prospecciones en el primer abrigo natural a partir de *Lixus*, en la Merja Zerga (Mouley Bouselem) no dieron resultado positivo.

La desembocadura del uadi Sebou, la gran vía natural de penetración de la llanura del Gharb tampoco aportó vestigio fenicio alguno. La falta de hallazgos superficiales no es argumento suficiente para negar la existencia de una estación en el estuario dado el constante aporte aluvionario que ha

recibido el último tramo del río a lo largo de los siglos. Sobre todo en el caso del uadi Sebou, la hipótesis es más que razonable, ya que se ha documentado la presencia fenicia al menos desde el s. VI a.C. en *Banasa* (LUQUET, 1964: 117-144; LÓPEZ PARDO, 1990a: 10-14), en el curso medio del río. El nombre de la localidad es sin duda fenicio-púnico, quizás un teóforo (*Vanas*) (EUZENNAT, 1990). El presumible enclave costero estaría en relación por lo tanto con el comercio del interior del país (Fig. 3).

Más al sur, en la desembocadura del *Salat* (actual Bou Regreb, junto a Rabat) (PLIN, 5, 9 y 5, 13) se levantaba la localidad homónima. Unos primeros hallazgos se efectuaron ya hace años, en la Casbah de los Oudaías, la prominencia más próxima al mar, y se trata de unos fragmentos de cerámica considerada como ibero-púnica por M. Ponsich (1982: 429-444) y fenicia por A. Luquet (1973-75: 261). A unos centenares de metros de allí sobre la prominencia de Chellah, donde se localiza la ciudad mauritana y romana, J. Boube (1981: 166-7 y 168) sacó a la luz los restos de unos muros que aunque formando parte de construcciones romanas, los consideró fenicios. Algo más lejos aparecieron 4 fragmentos de cerámica de engobe rojo de los cuales no se ha publicado ni su descripción ni dibujo alguno, y por lo tanto no se pueden fechar con precisión, aunque quizás se les puede atribuir una datación tardía, a juzgar por los amplios sondeos realizados en el yacimiento, en los cuales el nivel más antiguo hasta ahora señalado corresponde al siglo II a.C. (BOUBE, 1962: 142) (Figs. 3 y 4).

Creemos que los indicios son todavía insuficientes para incorporar *Sala* a la lista de enclaves fenicios, aunque la importancia del cauce del Bou Regreb favorece la idea de una instalación de época arcaica bajo las casas de la Casbah de los Oudaías.

Desde la desembocadura del Bou Regreb hasta el cabo Ghir la costa es poco hospitalaria, llena de arrecifes y batida por una fuerte marejada casi permanente. Apenas ofrece abrigos naturales para la navegación. Sólo las desembocaduras de los ríos siguen siendo refugio seguro cuando la barra no hace impracticable el paso de entrada (DESPOIS y RAYNAL, 1967: 276-7; LUQUET, 1973-75a: 297). A pesar de ser una zona repetidamente prospectada, poco es lo que se ha señalado como prerromano (LUQUET, 1956: 117-132; REBUFFAT, 1974: 25-49). En Azenmour, junto a la desembocadura del Oumm er Rebia, P. Cintas recogió numerosos fragmentos de cerámica púnica (CINTAS, 1954: 24; LUQUET, 1973-75: 270, fig. 21) (Fig. 3).

Essaouira (antigua Mogador): El-Bekri (175) señala que Mogdoul (actual Essaouira) es un fondeadero muy seguro que sirve de puerto a toda la provincia del Sous. Así pues, a pesar de que la isla se encuentra frente al

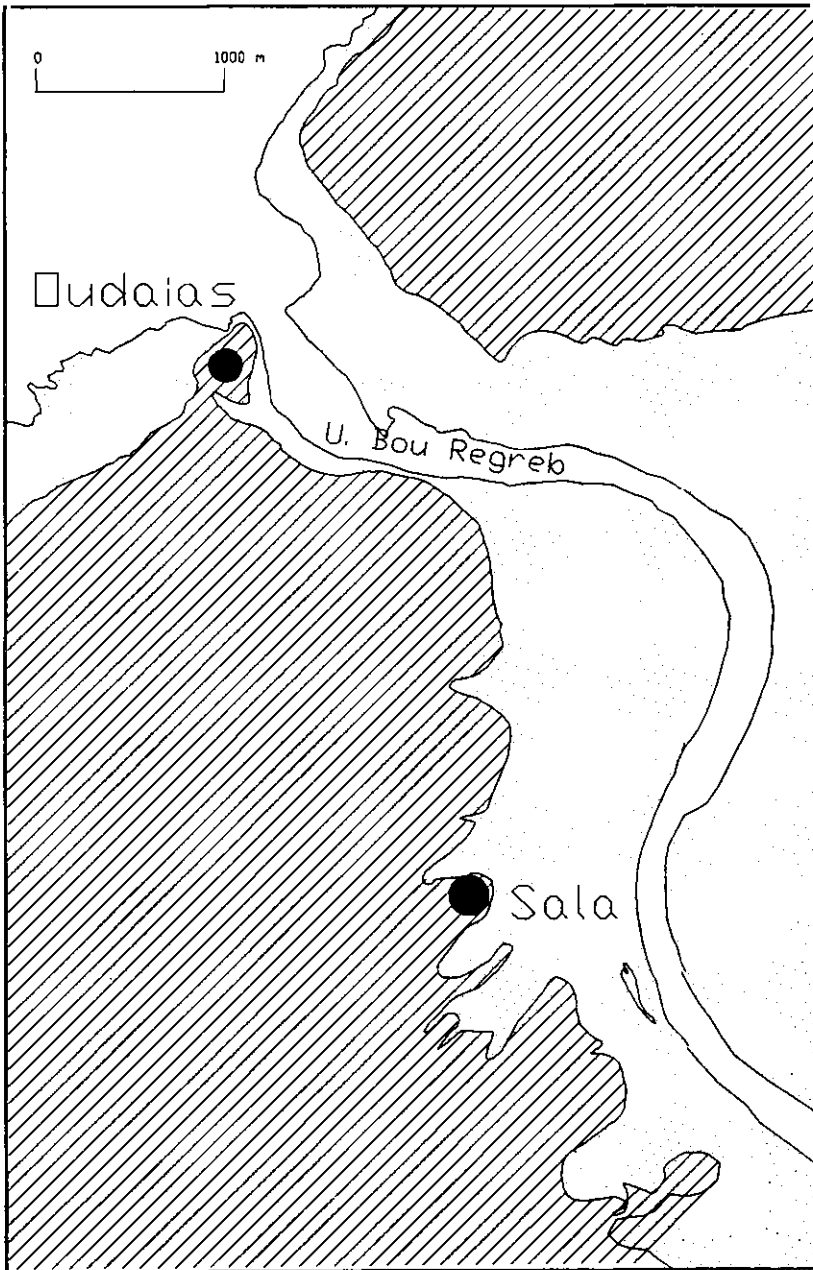


Figura 4.—Desembocadura del uadi *Salat* (Bou Regreb).

estuario de un pequeño uadi, se justifica un asentamiento fenicio en una línea de costa sin puertos, siendo esta además la única isla de la región. La ausencia de muros entre los vestigios fenicios ya hicieron sospechar a A. Jodin (1960: 52) que se trataba de una factoría estacional, extremo que parece confirmarse por la reparación constante de las cerámicas o la reproducción a mano de lámparas de pico y por último por la profusión de *graffiti*. Dicho carácter estacional excluye cualquier actividad productiva que requiera una estancia prolongada en el lugar, como son la agricultura y apacentar ganado. Sólo pueden ser tenidas en consideración el comercio o la pesca, siendo esta última una actividad claramente subsistencial (LÓPEZ PARDO, 1992: 281 y n. 6), ya que no tiene sentido la ubicación de una pesquería tan al sur habiendo lugares suficientemente propicios para la pesca estacional de túnidos más al norte, tanto en la costa atlántica como en la mediterránea (Figs. 3 y 5).

Una cuestión que por el momento queda abierta es la procedencia de las cerámicas fenicias halladas en el yacimiento. Los engobes y pastas de un alto porcentaje de platos, cuencos, lucernas, etc., son muy homogéneos, indicando una procedencia unitaria (LÓPEZ PARDO, en prensa a). Si bien no parece probable que procedan de *Lixus*, pues pastas y engobes parecen claramente diferentes, cabe preguntarse si no es una factoría situada entre medias la proveedora de Essaouira, sin descartar una estrecha relación con *Gadir*, como ya sugirió A. Jodin y reafirma D. Ruiz Mata (1986: 260), cuestión que debe ser revisada a partir de un estudio comparativo por-menorizado de los materiales de Essaouira, *Lixus* y *Gadir*-Castillo de D.^a Blanca. Esa homogeneidad en la cultura material contrasta con la notable diversidad en la procedencia de los individuos desplazados allí como puede apreciarse por la onomástica (véase AMADASI GUZZO, 1992: 173).

En unos sondeos realizados en el Cabo Ghir (30 km al norte de Agadir), delante de unas grutas, se han encontrado cerámicas púnicas del s. III a.C. y un fragmento considerado ibérico. Este material apareció mezclado con otros indígenas, fundamentalmente cerámica a mano (CINTAS, 1954: 32). El valle del Sous, extenso y fértil, cuenta en su estuario con la localidad de Agadir, topónimo sin duda de filiación fenicio-púnica. Este término, además era utilizado por las comunidades beréberes de la zona para designar los graneros colectivos fortificados (aproximándose al significado original del término), mientras más al interior se utiliza el vocablo *irherm* (JACQUES-MEUNIE, 1951: 237-241). Lo cual denota, a pesar de no haberse localizado apenas vestigios prerromanos en la zona, el interés de los colonizadores por este amplio y fértil valle, históricamente muy próspero.

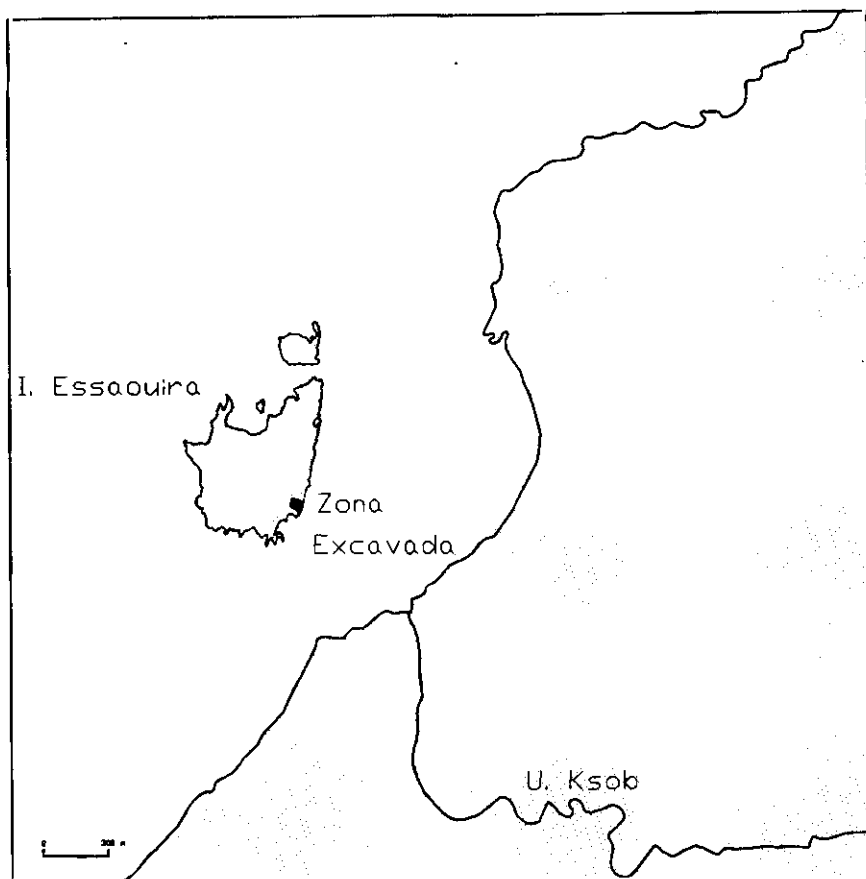


Figura 5.—Essaouira (antes Mogador).

Las islas Canarias no han suministrado por el momento ningún vestigio de época fenicia arcaica, aunque hay suficientes indicios de la frecuentación de las islas durante la época púnica, como es la imitación a mano por los indígenas de ánforas púnicas de los siglos IV al II a.C., así como la constatación de inscripciones en graffa púnica. Todo ello parece indicar la existencia de viajes de pescadores y/o comerciantes púnicos asentados en la costa africana.

Hemos de considerar que tras los previsibles viajes exploratorios de fenicios a las islas, éstos pudieran traducirse en una presencia permanente o más o menos esporádica, en razón del hallazgo de materias de interés

comercial. La ausencia de metales y de animales salvajes de interés por sus pieles o por el marfil reduce mucho el espectro de materias atractivas para que los fenicios se desplazaran hasta ellas. Cabe sin embargo destacar un producto isleño interesante, la urchilla, un liquen que se desarrolla en el litoral canario y que es fácil de encontrar también en la costa marroquí desde el Oumm er Rebia hasta el Sous. Este liquen tintóreo ha sido asociado repetidamente a la producción de púrpura y según parece puede ser el que sirvió para distinguir la reputada púrpura gétula del resto (DESJACQUES y KOEBERLÉ, 1955: 199). Sin embargo no sabemos desde qué momento se utilizó la urchilla como tintura y puede incluso que sus cualidades tintoriales fueran desconocidas para los fenicios.

Así pues nada indica por el momento que los fenicios transitaran mucho más abajo de Essaouira en una fecha anterior al siglo IV a. C. si no es en meros viajes exploratorios, pues como decía Heródoto (II, 32, 20-11) en Libya, por debajo de donde habitan las bestias salvajes no hay más que arena, aridez terrible, desierto absoluto.

2. En la costa mediterránea

Tanto el litoral del Estrecho de Gibraltar como la costa rifeña son muy abruptos y de difícil acceso por tierra, lo cual ha dificultado el reconocimiento de vestigios antiguos en esta zona, que por otra parte deben ser francamente escasos a tenor de lo que nos dicen las fuentes greco-latinas, que señalan muy pocas localidades en esta costa. En 1951, M. Tarradell entendió la necesidad de una prospección sistemática de la costa mediterránea, desarrollándola desde Tánger hasta el valle del Tiguissas con pobres resultados (1958: 74; 1966: 425). Recientes prospecciones fundamentalmente enfocadas a la época medieval realizadas en los posibles abrigos costeros no han revelado nuevos asentamientos antiguos³.

Tingi: Hecateo de Mileto cita la ciudad de *Thingé* en Libya (372) siendo esta la referencia más antigua que se conoce sobre esta localidad, anterior incluso a los vestigios más antiguos hasta ahora encontrados bajo la ciudad actual que son de finales del siglo V a.C. (PONSICH, 1971: 170-171). También es muy problemática la identificación de *Tingi* con *Thymiaterion* fundación señalada en el Periplo de Hannón (2, *G.G.M.*: 1-3), no por la ubi-

³ Debo esta información a la amabilidad de P. Cressier.

cación señalada en la obra, que coincide claramente con *Tingi*, sino por el escaso valor histórico que hoy se atribuye a este documento. También es citada *Thymiateria* en el Periplo de Escílax (112, *G.G.M.*: 94) donde sin embargo su localización es claramente atlántica. Es muy probable que *Tingi*, a pesar de sus malas condiciones portuarias cuando sopla el viento del Levante (El-Bekri: 214), sea una fundación fenicia, y que sea precisamente desde ella de donde se irradiaron los intensos influjos culturales que recibieron las poblaciones diseminadas por su amplio territorio (Fig. 6).

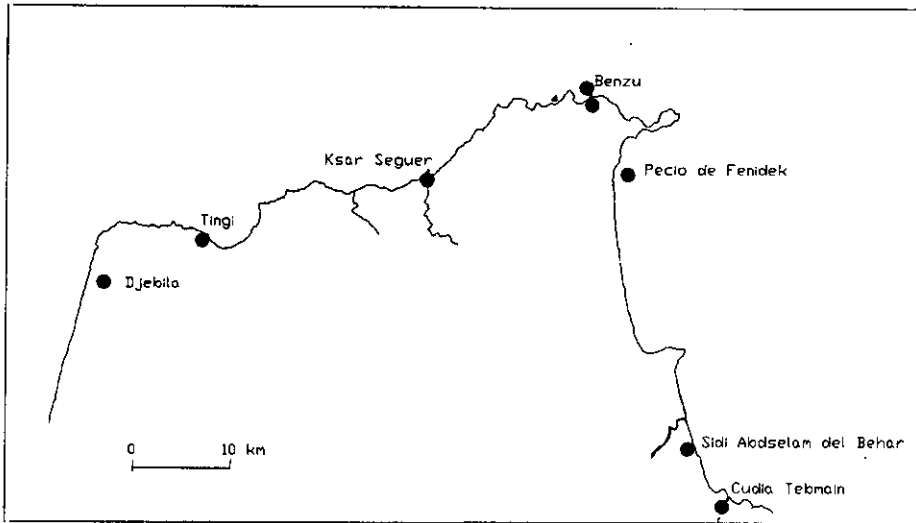


Figura 6.—Región del estrecho de Gibraltar.

Ksar Seguir: Situada entre *Tingi* y *Abila*, la columna de Hércules, es un buen refugio para barcos. Han aparecido un fragmento de cerámica de engobe rojo y otro de cerámica campaniense A entre los restos de unas construcciones romanas, más allá de una factoría de salazones (TARRADELL, 1955a: 187; 1958: 79). La asociación de elementos apunta a una factoría pesquera de época púnica como las que proliferaron a ambas orillas del Estrecho desde el siglo IV a.C. (Fig. 6).

Bahía de Benzú: Hallazgo en el mar de ánforas Mañá-Pascual A4 correspondientes a los tipos C y E de la tipología de Las Redes con una cronología que va de los siglos IV al III a.C. (VILLAYERDE y LÓPEZ PARDO,

1990), lo cual hace sospechar que no proceden de un único barco hundido, sino que en las proximidades había una factoría de salazones similar a las detectadas en el uadi Emsa y en Kuass. En la extremidad este de la bahía, a cuya altura aparecieron presumiblemente las ánforas, se descubrió hacia 1940, con ocasión de la construcción de una carretera, un vaso identificado por P. Quintero como púnico (TARRADELL, 1960: 123; 1966: 435) (Fig. 6).

En el mar, a la altura de la localidad de Fenidek, fue recogida por un pescador una urna o jarra de la forma Bisi 2 o Cintas 90-94, de cuello recto, ligeramente troncocónico y de panza globular, con una sola asa geminada que se apoya sobre un baquetón que rodea el centro del cuello (CORZO y SEMPERE, 1995) (Fig. 6). Según S. Corzo Pérez, que amablemente me ha dado a conocer el hallazgo, esta cerámica procedería de un barco fenicio que se habría refugiado en la ensenada de La Almadraba a la espera de poder doblar la Columna de *Abila* (La Almina) y atravesar el Estrecho después de que amainara el temporal de poniente. Aunque esta es sin duda la explicación más probable no hay que descartar sin embargo que el barco estuviera haciendo el recorrido inverso y se dirigiera hacia el Mediterráneo. Los vientos dominantes suelen ser de poniente, al igual que las corrientes marinas más fuertes, que parecen privilegiar el viaje de retorno por esta costa. Queremos destacar de este dato el hecho de que la navegación por la costa sur del Mediterráneo no debía ser infrecuente para comunicar los asentamientos fenicios atlánticos con el Mediterráneo Central y Oriental. Navegan pues, por la inhóspita costa rifeña, cuando últimamente venía defendiéndose como predominante el derrotero norte, el de las islas, para comunicar los enclaves fenicios de la región del Estrecho con las factorías de Orán y luego con *Utica*, Cartago y *Tiro*. Ese derrotero fue precisamente el utilizado por Coleo de Samos cuando se dirigía a Tarteso impulsado por el viento apeliota (Heródoto IV, 152).

Sidi Abdselam del Behar: En la desembocadura del Uadi Martil, en un estuario fósil del río, hay una pequeña colina donde se encuentra el «morabito» de Sidi Abdselam del Behar y junto a ella se extiende una pequeña península baja. En dicha colina M. Tarradell realizó un sondeo en el que aparecieron los vestigios más antiguos de un pequeño hábitat. Sobre ella y ocupando parte de la meseta contigua se desarrolló no sabemos si a continuación o tiempo después, un poblamiento que perduró hasta mediados del s. I a.C. (Figs. 6 y 7).

El nivel más reciente parece iniciarse a finales del s. III a.C. o comienzos del s. II a.C. con algunos materiales muy característicos como las ánforas Mañá C, cerámica de engobe rojo, campaniense B, alguna campa-

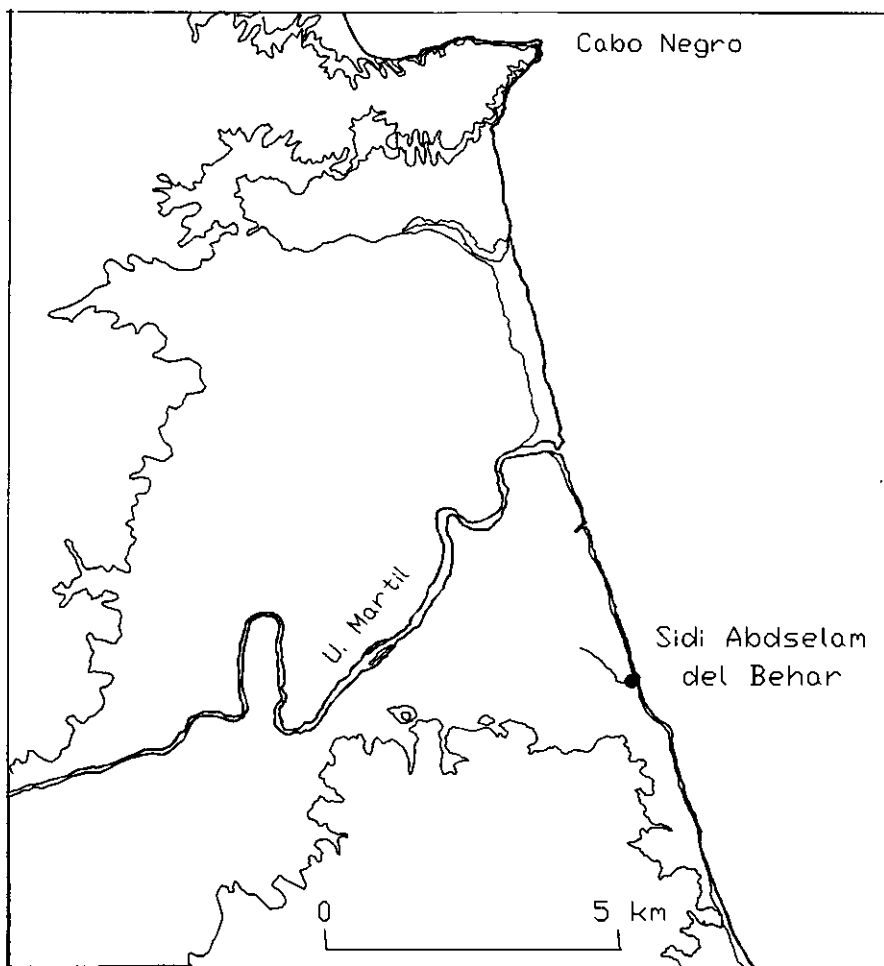


Figura 7.—Estuario del uadi Martil.

niense A, y raros fragmentos de cerámica ibérica. Un segundo nivel contenía platos de pescado de engobe rojo con cazoleta grande y profunda y ánforas de borde apenas marcado, quizás del tipo Mañá-Pascual A4 (TARRADELL, 1960: 92; 1954: 122; 1966: 437; 1953: 162-3). El nivel más antiguo, con una potencia de más de 1 metro, cuenta con restos constructivos, primer signo de habitación señalado en este lugar. Los materiales cerámicos son muy ilustrativos, es abundante la cerámica hecha a mano de paredes gruesas sin decoración y la

cerámica pintada con líneas y bandas (TARRADELL, 1960: 92). Entre las cerámicas de engobe rojo hemos podido reconocer cuencos carenados de borde vuelto hacia afuera y platos de borde ancho, alguno de ellos de borde redondeado, también se encuentran algunas ánforas de los tipos R1 y Trayamar 1. Estos materiales se fechan, sin lugar a dudas, en los siglos VII y VI a.C.⁴

El hábitat inicial debió ser francamente precario pues se asentó directamente sobre la arena aunque rápidamente se dotó de estructuras fijas. Contaba con cierta protección natural pues estaba rodeado total o parcialmente de agua al abrigo de posibles ataques (TARRADELL, 1967: 256), lo cual posibilitó su supervivencia durante varios siglos. En cuanto a su función creemos que se trata de una pequeña factoría relacionada con la extracción de recursos del amplio valle del Martil (LÓPEZ PARDO, 1990a: 37-39). Este valle, aunque está flanqueado por importantes macizos montañosos, cuenta con amplios depósitos aluvionarios en su último tramo que posibilitaron desde muy pronto una ocupación sedentaria de las más importantes del Rif en la rica región de Tetuán y en la Yebala. A su vez el curso del río sirve de comunicación con las llanuras atlánticas si no se quiere atravesar el Estrecho (TARRADELL, 1966: 428).

Los intercambios tierra adentro realizados desde Sidi Abdselam quedan documentados con los hallazgos de la cueva de Caf Taht el Gar y el Uadi Lau. La gruta de Caf Taht el Gar se encuentra en una zona abrupta, 7 km a vista de pájaro hacia el interior del cabo Mazari, que separa los yacimientos costeros de Sidi Abdselam y Cudia Tebmain. En el nivel 2 de la cueva, sobre un estrato de bronce II aparecieron cerámicas a torno, que inmediatamente M. Tarradell (1955: 317-20) consideró idénticas a las halladas en Cudia Tebmain y Sidi Abdselam. También apareció una arracada de oro de tipo púnico datada por A. Jodin (1966: 56) en torno al s. v a.C. En el uadi Lau, en una reciente prospección realizada por un equipo hispano-marroquí, se ha recogido algún fragmento de cerámica de engobe rojo de buena calidad⁵.

Desde el Uadi Martil hasta la región de Orán M. Tarradell no encontró ningún asentamiento costero de época fenicia (TARRADELL, 1960: 76-77). De época púnica parecen ser Cudia Tebmain y *Rusaddir*.

Inmediatamente después del Martil se encuentra el pequeño y estrecho valle del uadi Emsá donde se localiza una pequeña estación pesquera,

⁴ He de agradecer al *Institut National du Service des Antiquités et du Patrimoine* de Marruecos la posibilidad de examinar los materiales de Sidi Abdselam del Behar y de otros yacimientos del norte de Marruecos en octubre de 1988 y a la Subdirección de Arqueología del Ministerio de Cultura español el patrocinio de dicha visita en el marco de la cooperación bilateral en temas de arqueología y patrimonio entre ambos países.

⁵ He de agradecer a D. Jorge Onrubia Pintado la comunicación de este dato.

Cudia Tebmain, a la que se asocia posiblemente la producción local de ánforas Mañá-Pascual A4 tipo c, dada la aparición de fragmentos con fallos de cocción. El yacimiento se fecha en los siglos III y II a.C. (TARRADELL, 1960: 83-5 y figs. 12 y 13; LÓPEZ PARDO, 1990a: 39-41) (Fig. 6).

Rusaddir (Melilla): es citada en el Periplo de Escílax (111) que señala el imponente cabo *Rusaddir* (Tres Forcas), la ciudad y su golfo (en la actualidad un mar interior, la Sebkha bu Areg), con lo cual queda atestiguada su existencia al menos desde el siglo IV a.C. (Fig. 8). La localidad debió adquirir cierta importancia pues es insistentemente mencionada en las fuentes greco-latinas (Plin. 5, 18; Mela, 1, 5; Ptol. 4, 3; It. Ant, 9, 1). En el museo de la ciudad se conservan los ajuares de una necrópolis hallada de forma accidental en el Cerro de San Lorenzo, a poca distancia de la playa, pero bastante alejada del peñón que se supone es el origen del asentamiento. Los materiales se fechan en su mayoría en el s. I a. C. (TARRADELL, 1954a: 261). De esa época e incluso anterior es un importante lote de monedas descubierto en el dragado del puerto, una buena parte de ellas parecen proceder de Cartago.

El conjunto de asentamientos oraneses, como muy bien puso de manifiesto G. Vuillemot, formaba parte de la misma área cultural que los asentamientos hispanos, marroquíes y portugueses.

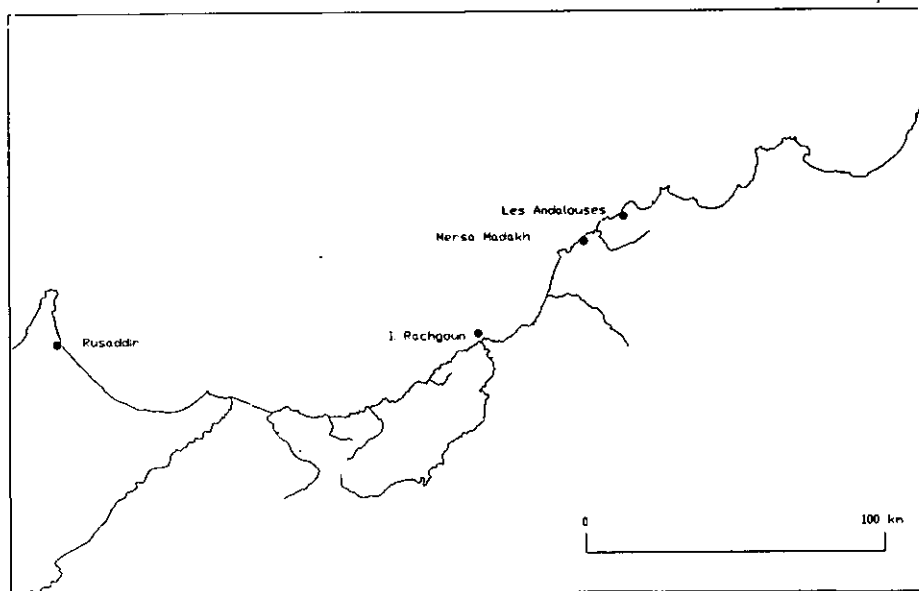


Figura 8.—*Rusaddir* y la región de Orán.

Rachgoun: Es el primer asentamiento fenicio documentado en la costa mediterránea africana desde el Estrecho de Gibraltar, albergó un pequeño hábitat de unas 3 ha en el lado más meridional y una necrópolis en el lado opuesto. Ambos, poblado y necrópolis, fueron excavados de forma modelíca en su momento por G. Vuillemot (1955: 7-62), deduciendo que la ocupación tuvo lugar en el s. VII y concluyó a mediados del V a.C. Tanto los materiales hallados en el poblado como las incineraciones de la necrópolis le llevaron a la deducción de que se trataba de una escala naval gaditana, y la relativa abundancia de objetos metálicos en los ajuares funerarios le permitieron sugerir que tenía un carácter militar, una especie de guarnición (VUILLEMOT, 1965: 45) (Fig. 8).

La comprobación de los datos que pueden ser aducidos para sostener estas dos ideas, escala náutica y guarnición no permiten llegar fácilmente a la misma conclusión. El número de armas halladas en la necrópolis es escaso, 3 lanzas, el resto son objetos de adorno personal, colgantes, anillos giratorios, entalles, escarabeos y un medallón (VUILLEMOT, 1965: 32). En cuanto a las posibilidades portuarias hemos de resaltar que el islote de Rachgoun es un bloque basáltico, elevado a pico sobre el mar una cincuenta de metros, siendo imposible el acostado de embarcaciones en la isla (Fig. 9). G. Vuillemot localizó sin embargo un pequeño estanque de

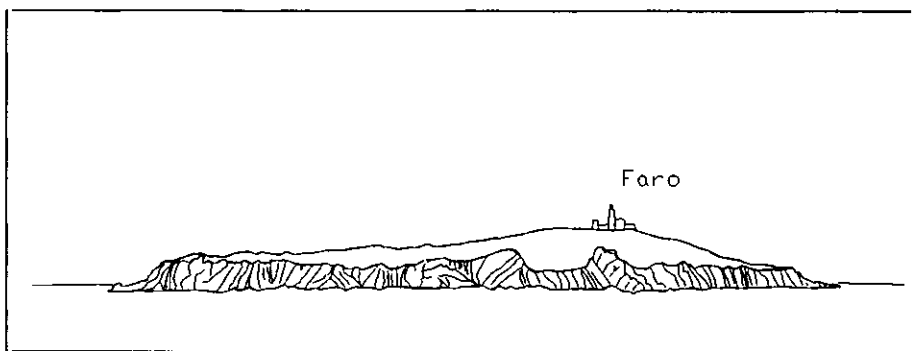


Figura 9.—Isla de Rachgoun.

20 × 15 m. de fondo inclinado que parece tallado por el hombre, y se encuentra en el acantilado oriental de la isla, comunica con el mar por una escotadura de 1.80 m de ancho y 0.60 m de profundidad, capaz por lo tanto sólo para pequeñas embarcaciones (Fig. 10). La isla se encuentra a

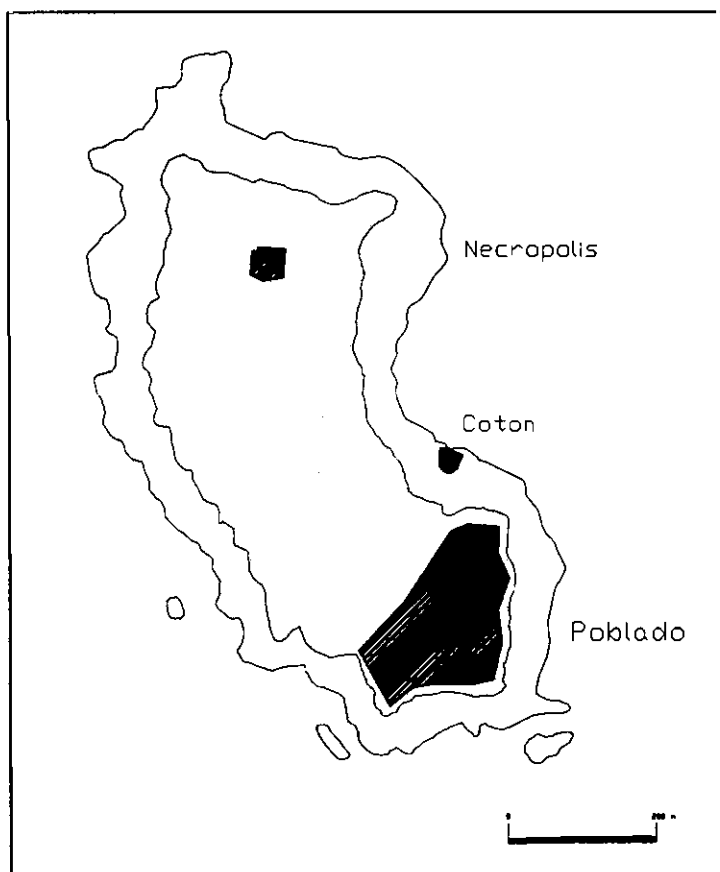


Figura 10.—Vista desde el E. de la isla de Rachgoun (según *Derrotero*, 1966: 213).

dos kilómetros de la línea de costa, que es rectilínea, sin protección alguna frente al oleaje para las embarcaciones grandes, si no es el islote mismo. Sin cerrar del todo la posibilidad de que fuera una escala náutica, hay otros elementos en el territorio que permiten sugerir otras posibilidades.

El islote, aunque alejado de la costa, se encuentra frente a la desembocadura del río Tafna, cauce de agua permanente y en parte navegable (Fig. 11). A cinco km de su desembocadura se localizan las ruinas de *Siga*, la que llegó a ser capital del rey *Syphax*, cuya existencia se documenta al menos desde el siglo IV a.C. lo cual nos sirve para ilustrar el interés económico de la zona. Por otro lado, parece ser que junto a la margen derecha del río, en el promontorio de la *Tour maure*, se han localizado cerámicas feni-

cias, lo cual ha permitido suponer a G. Vuillemot (1965: 35), creo que con acierto, que es el embarcadero de tierra firme de los fenicios del islote. Por todo ello, no parecería descabellado suponer que Rachgoun fuera realmente una factoría comercial que drenara los recursos del valle del Tafna, acrecentando un número ya de por sí abultado de este tipo de asentamientos.

La segunda cuestión que queremos abordar es la que se refiere a las condiciones de supervivencia de los pobladores de Rachgoun, un islote casi siempre deshabitado a lo largo de la historia. La isla no permite el cultivo ni la cría de animales, tampoco parece que fuera lo habitual trasladarse diariamente a tierra firme para mantener explotaciones agropecuarias, condicionados por el estado del mar, y por los problemas que el control y la tenencia de la tierra debían acarrear a gente foránea y que además no vive sobre el terreno. Parece claro pues que la forma de cubrir las necesidades alimenticias consistió en la pesca (mayoritario) y la adquisición de alimentos a los indígenas (minoritario). En este sentido la factoría de Essaouira tiene algunos rasgos concomitantes. Es también un islote normalmente deshabitado y como factoría estacional se veía en la imposibilidad de desarrollar cultivos, también se constata la pesca por el hallazgo de anzuelos y restos de pescado. El mercadeo de alimentos con los indígenas se detecta por el hallazgo de cerámicas a mano de factura local y por los restos óseos de animales domésticos, sobre todo de vacuno. La instalación de Morro de Mezquitilla en un valle poco propicio para la explotación agrícola y la extensión de su barrio, Chorreras, en un área más marginal aún, hacen sospechar un mismo patrón ya en el siglo VIII a.C., a lo largo de la costa mediterránea peninsular. La abundante pesca estacional, y sobre todo la posibilidad de su larga conservación quizás sean la clave de la supervivencia de muchos de los enclaves fenicios costeros a los cuales se les ha supuesto que cubrían su abastecimiento alimenticio por otros medios, ya sea la propia actividad comercial, que incluiría la adquisición de alimentos, o bien que los propios enclaves desarrollarían ellos mismos producciones agrarias en los valles en cuya desembocadura se encuentran. También se había sugerido una producción de alimentos diversificada que no necesitaría de demostración y ni siquiera de cuantificación.

Mersa Madakh: Parece claro que el pequeño asentamiento de Mersa Madakh, se relaciona con los yacimientos fenicios próximos de Rachgoun y Les Andalouses y por lo tanto con los de la región del Estrecho, según se aprecia por los materiales hallados (Figs. 8 y 12). El pequeño asentamiento, del cual Vuillemot exhumó apenas una habitación ocupada a lo largo del s. VI a.C. al menos, probablemente estaba cerrado por un recinto amurallado.

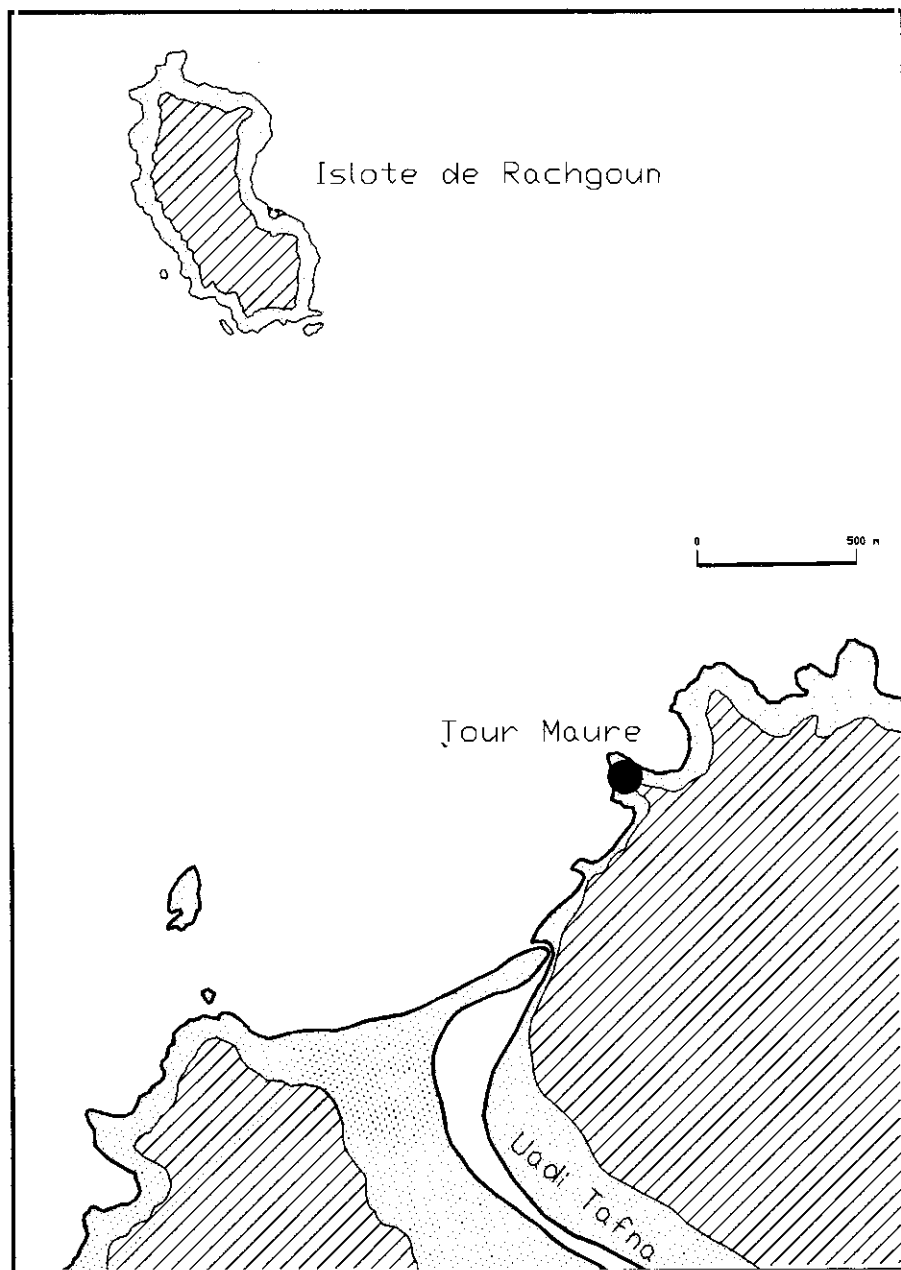


Figura 11.—Rachgoun y la desembocadura del uadi Tafna.

Una intervención tan limitada lógicamente nos plantea aún hoy día interrogantes acerca de su función. Las condiciones portuarias del lugar son innegables, no en vano se le conoce como «mersa» (puerto), y además está bien protegido de los vientos de poniente por el espolón basáltico de Lalla Khadra, que se encuentra muy próximo. El exiguo hábitat se encuentra a 10 Km de Mersa Bou Zedjar, otro abrigo ocupado en época púnica, y a 15 km aproximadamente de Les Andalouses, donde se encuentran restos arqueológicos muy similares y de la misma época. Ello no excluye naturalmente la posible función como escala náutica fenicia de Mersa Madakh, pero introduce una duda más que razonable al respecto. A la hora de buscar otras posibilidades económicas para el enclave que nos permitieran suponer otra función, son muy pocas las que podemos tener en cuenta. El entorno es muy poco propicio tanto para la agricultura como para el pastoreo, con un índice de pluviosidad por debajo del límite que permite el cultivo de secano, y tampoco existe en las proximidades ningún curso de agua de la suficiente envergadura para sostener ningún núcleo indígena con el que mantener relaciones comerciales que expliquen la existencia de una factoría comercial. G. Vuillemot (1965: 131-33) supone una existencia poco menos que miserable para los habitantes del Mersa Madakh, por los escasos y pobres objetos de adorno hallados y la frecuente reparación de los cacharros de cerámica después de haberse roto.

Sólo queda la pesca con carácter intensivo, como actividad principal o secundaria (en el caso de que pueda probarse su función como escala náutica), para explicar la existencia de este enclave, cuyas condiciones portuarias hemos destacado, en una línea de costa por donde los atunes pasaban al principio del verano, y donde la pesca pelágica debía dar buenos resultados. Quizás a ello se deba la localización al este del peñasco de Lalla Khadra junto a una playa de arena y no la rada occidental (Mersa Ali Bou Nouar), más resguardada, si bien con el inconveniente de contar con una playa de cantos rodados. Sería pues una pesquería perteneciente al pujante desarrollo de la producción de los derivados de la pesca que empieza a documentarse muy bien en otros lugares, Kuass por ejemplo en el mismo siglo, Emsá, Las Redes, etc., más tarde.

Les Andalouses: El enclave de Les Andalouses, donde también se han recogido materiales que lo relacionan con el foco fenicio occidental, es por el momento difícil de caracterizar. Localizado en una llanura costera levantada, sin que se aprecien condiciones portuarias, ya que actualmente es rectilínea, pero que ha sido fuertemente erosionada por el mar, ya que parte de sus vestigios se descubrieron precisamente por la acción marina (VUILLEMOT, 1965:156) (Fig. 8).

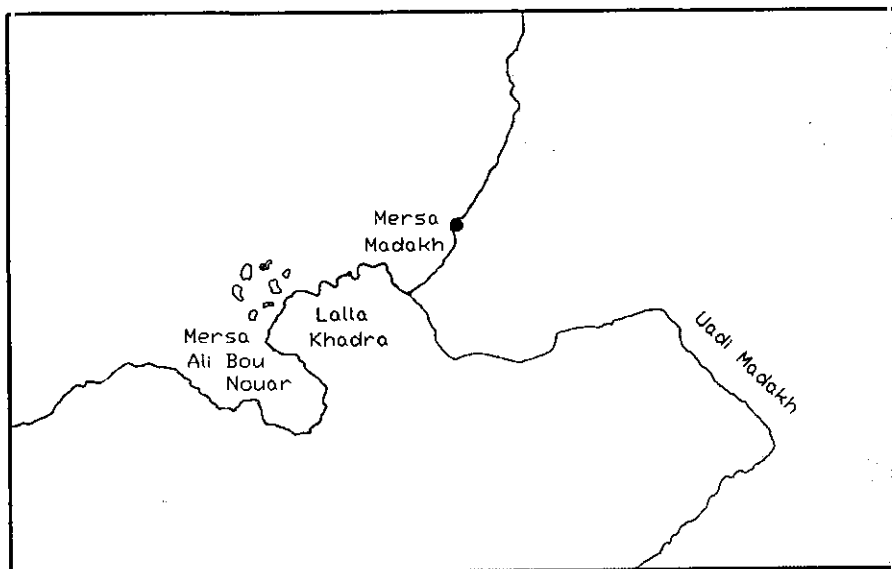


Figura 12.—Mersa Madakh.

LA COLONIZACIÓN CON IMPLICACIONES PRODUCTIVAS

En suma, y a juzgar por la documentación utilizada, se puede señalar un proceso de colonización, que a nosotros nos parece unitario, con tres períodos claramente diferenciados. La fase inicial se caracteriza por la implantación en el Extremo Occidente hasta mediados del siglo VIII a.C. de unos escasos pero grandes núcleos de habitación con clara vocación mercantil. En Marruecos es *Lixus* la que obviamente desempeña el papel de gestor de casi toda la actividad comercial en la zona atlántica africana durante el s. VIII y primera mitad del VII a.C.

La segunda fase, como podemos apreciar y aún teniendo en cuenta el carácter incompleto de la documentación, se caracteriza en el caso norteafricano por una implantación colonial amplia pero que no pretende una sustancial ocupación de la costa, sino instalarse en aquellos lugares que permiten un acceso directo y rápido a concentraciones indígenas importantes localizadas habitualmente en los grandes valles fluviales que pueden proveer materias primas de interés para los fenicios. Véase si no los valles de La Tafna, el Martil, el Loukkos y el Sebú y Essaouira el puerto del Sous. La elección de este patrón básico explicaría la ausencia de factorías fenicias en

amplios frentes costeros de Argelia y Marruecos, en especial el Rif, donde muchos cauces fluviales son cortos y proceden de orografías muy quebradas y próximas a la costa y por lo tanto son zonas muy escasamente pobladas, de insuficiente interés para situar enclaves fenicios permanentes. En lo que se refiere a la costa atlántica marroquí, los asentamientos identificados o los lugares de probable ocupación fenicia se sitúan muy distanciados entre sí, ya que son también muy pocos los estuarios de grandes ríos.

Dicho proceso parece documentarse desde mediados del siglo VII a.C. con el establecimiento de enclaves comerciales, como Essaouira, Sidi Abd-selam y Rachgoun, todos ellos con una cultura material tipológicamente muy homogénea y que parecen formar parte de la misma colonización secundaria procedente del Estrecho que Abul, en el estuario del Sado (Portugal) (MAYET y TAVARES DA SILVA, 1993: 127-142) y Sa Caleta e *Ibshim* en la isla de Ibiza (GÓMEZ BELLARD, 1995: 765-770).

La composición étnica de estas factorías parece ser heterogénea, por un lado se reconoce una componente oriental muy difícil de cuantificar, pero cuya pista en nuestra opinión se puede seguir a través de las lucernas de un sólo pico halladas en Rachgoun y Mersa Madakh, fechables en el s. VI a.C., cuando por esa época todo el Mediterráneo occidental, desde Cartago hasta Cádiz y Essaouira, está inundado de lucernas de dos picos. Se detecta también una instalación de fenicios occidentales y de indígenas de la misma zona, que tampoco son cuantificables a través de la cultura material. En Sa Caleta, los inmigrantes llegaron a traer no sólo su vajilla de mesa de engobe rojo y sus ánforas desde la zona del Estrecho de donde procedían, sino incluso la cerámica a mano indígena de la misma zona (RAMÓN, 1991: 181). En la necrópolis del islote de Rachgoun, la composición heterogénea de sus pobladores se puede apreciar sobre todo en las variaciones en el ritual funerario. Junto a un pequeño número de inhumaciones infantiles, las incineraciones son mayoritarias, con variantes en las deposiciones similares a las de la necrópolis del Puig des Molins en Ibiza, Cruz del Negro, Frigiliana, etc. Dos de las incineraciones fueron depositadas en vasos «char-don», que hasta hoy no han aparecido en necrópolis de filiación fenicia. Son vasos hechos a mano, que tuvieron que ser fabricados *in situ*, sin duda en razón de las prácticas funerarias propias de los dos individuos incinerados, que son similares a las que hemos visto en Setefilla y en Frigiliana, pues en otras necrópolis indígenas, como La Joya (Huelva) o en las de la región de Tánger aparecen como vasos de acompañamiento. Se trata seguramente de dos indígenas peninsulares que pertenecían a una tradición cultural diferente a la de la mayoría de los habitantes de Rachgoun. En Essaouira algunos nombres grabados en las cerámicas no son fenicios

(AMADASI GUZZO, 1992: 173) y también parece muy sugerente el hallazgo de un fragmento de cerámica indígena hispana (JODIN, 1960: 167), la cual no suele ser objeto de comercio fuera de su ámbito local.

Por otro lado parece que se puede descartar una hipotética sucesión regular de escalas para la navegación tanto en las costas argelinas como en las marroquíes. Aunque no debemos desdeñar la conveniencia de que los enclaves diseminados de forma irregular por la costa atlántica y la mediterránea, ocupados en otros menesteres, sirvieran además de refugio a los barcos mercantes fenicios.

La tercera fase se iniciaría a partir del siglo VI a.C., cuando se constata la fundación de poblados especializados en la pesca y en la elaboración de salazones de pescado, como Kuass y Mersa Madakh, y más tarde Kudia Tebmain, y quizás Ksar Seguir y en la bahía de Benzú. La proliferación de tal tipo de asentamiento no indica el nacimiento de esta actividad económica en esa época, sino que es el reflejo de su intensificación y por lo tanto la necesidad de desarrollarla en factorías propiamente pesqueras.

Introducimos pues, un nuevo elemento en el debate que ha sido poco valorado hasta ahora, la existencia de factorías pesqueras en época fenicia y la idea de que con anterioridad la pesca y las conservas de pescado fueron la base subsistencial de las poblaciones de unos enclaves que fueron fundados con fines comerciales. De tal manera consideramos que los recursos pesqueros debieron jugar un papel fundamental en la propia supervivencia de algunas factorías como parecen sugerir los casos de Rachgoun y Essaouira. Además parece confirmarse últimamente que una parte al menos de las ánforas fenicias arcaicas conocidas como R1 producidas en el área del Estrecho contenían salazones de pescado. Una de estas ánforas, de la segunda mitad del s. VIII a.C. hallada en Acinipo, en el interior de la provincia de Málaga, contenía restos de pescado y berberecho (AGUAYO, CARRILERO y MARTÍNEZ, 1991: 559-71), lo cual es un interesante indicio no sólo de la antigüedad de esa industria en la región, sino también de que los fenicios vendían estos productos a los indígenas del interior a través de los valles en cuyo límite se habían instalado.

Análisis petrológicos realizados sobre fragmentos de ánforas aparecidos en Cartago en niveles del s. VIII a.C. demuestran que algunas ánforas fueron importadas desde la región del Estrecho (VEGAS, 1992: 188). Es muy posible que estos contenedores polivalentes de vino, aceite y salazones de pescado se difundieran hasta el Mediterráneo Central debido a que contenían fundamentalmente salazones de pescado y no otra cosa. Difícilmente se exportaría a Cartago desde la región del Estrecho vino o aceite. De esta manera podemos sugerir que las conservas de pescado fueron introdu-

cidas en el circuito comercial por los fenicios desde muy temprano. La salazón de pescado es producto de coste relativamente bajo, claramente monopolizado por los fenicios y que sirvió como elemento de intercambio con los indígenas del interior. Todo lo cual lo configura como un producto típico para el intercambio desigual, bajo coste social de producción y monopolio.

La sustitución de una parte importante del contingente importado de Oriente por otro de producción regional con destino al comercio con los indígenas y al consumo propio y eventualmente su exportación a otros ámbitos del Mediterráneo, como las salazones o la artesanía del marfil y de la plata occidentales era de un gran interés económico para las colonias. Si el alto beneficio del comercio fenicio con el mundo indígena procede del carácter desigual del intercambio, la elaboración colonial de algunas manufacturas hace que el sector mercantil acreciente aún más esa diferencia en su beneficio al eliminar el coste de todo lo relacionado con el transporte desde el lejano lugar de producción a las factorías. Esta apropiación de algunos sectores productivos es especialmente favorecida por la elite comercial por razones obvias y además permite una aceleración de la acumulación de capital en los centros coloniales dinámicos en torno a la actividad mercantil⁶.

La razón es, en nuestra opinión, la posibilidad de desarrollar un intercambio desigual, beneficioso para la potencia dominadora y para la elite indígena, capaz a pesar del carácter desigual del intercambio de rentabilizarlo, haciendo repercutir el desequilibrio sobre las clases débiles, provocando una considerable desestructuración de la organización socio-económica precedente conduciéndola hacia otro tipo de organización socialmente menos igualitaria pero también más compleja.

El estudio de la desigualdad de los intercambios ha alcanzado un nivel teórico notable, sin embargo aún subsisten fuertes divergencias sobre las causas que determinan el intercambio no equitativo (AMIN, 1973: 105-143; EMMANUEL, 1973: 29-68; PALLOIX, 1973: 145-184). Para nosotros la desigualdad del intercambio en el comercio fenicio en el Extremo Occidente no

⁶ Esta tendencia parece acrecentarse, sobre todo cuando la relación entre el peso o el volumen y el valor del producto es escasa, esto ocurre con los productos alimenticios manufacturados, así como con las cerámicas de vajilla no excesivamente elaboradas. También cuando la materia prima de objetos suntuarios procede de Occidente, como el marfil, plata y oro, éstos también se llegan a fabricar en talleres fenicios occidentales. A medida que los intercambios se hicieron más intensos con las comunidades indígenas se apreció como más provechoso en términos económicos producir en el ámbito colonial aquellos productos destinados al intercambio con materias primas (LÓPEZ PARDO, 1987: 342-43).

procede ni de una hipotética minusvaloración inmanente a algunos productos frente a otros, ni de la hipótesis opuesta, la relación entre regiones deprimidas y desarrolladas, cualesquiera que sean los productos intercambiados. Tampoco es achacable a la venta a los indígenas de bienes de bajo coste social de producción a cambio de materias primas indígenas de alto coste social de producción. El valor social de producción de los bienes intercambiados puede ser muy distinto del valor social de uso que le da la sociedad receptora. Así por ejemplo la obtención de marfil en Marruecos o la de plata en el sudoeste de la Península Ibérica debía tener un coste de captación relativamente escaso para los indígenas al comienzo de la presencia fenicia⁷ pero su valor de venta en Oriente debía ser muy elevado. El fenómeno a la inversa también está claramente atestiguado, pacotilla fenicia enormemente valorada por los indígenas. En definitiva se trata de valores subjetivos que pueden ser similares para los productos que se intercambian, sin saber los costes sociales de producción de los bienes recibidos de los interlocutores (AMIN, 1986: 24).

Creemos que en el caso fenicio el beneficio procede de la aplicación de mecanismos de depreciación para los productos que la dominante economía fenicia necesita proveerse a bajo precio para luego venderlos a precio multiplicado (LÓPEZ PARDO, 1987: 410). El beneficio del intercambio se obtiene de varias formas, evitando por una lado el alza de precios de las materias primas propiciando un aumento constante de su producción y controlando por otro lado el flujo de mercancías manufacturadas que se venden a cambio y además evitando a toda costa la concurrencia de competidores a los mercados indígenas que pudieran hacer aumentar los precios de las materias primas (WAGNER, 1993: 25-26). El círculo del beneficio se cierra con la venta a altísimo precio en Oriente y en otras áreas del Mediterráneo de las materias adquiridas baratas. El intercambio desigual fenicio es posible gracias al control monopolístico de toda la estructura comercial desde el Extremo Occidente hasta Tiro, tendiendo a ramificarse por un lado por los mercados de extracción y por otro por los imperios orientales, sobre la base de unas transacciones comerciales realizadas al amparo de la forma de «comercio administrativo» o en los «puertos de comercio» que no están mediatizadas por las fluctuaciones de precios (POLANYI, 1963: 38-45), pues la oferta y la demanda son controladas artificialmente por los fenicios a través de su oligopolio con el fin de obtener los beneficios de un intercambio no paritario.

⁷ No consideramos naturalmente el alto coste que supuso para las siguientes generaciones el esquilmar los elefantes norteafricanos hasta llegar a la extinción o el agotamiento de las minas de plata.

Esta es la razón de que el comportamiento colonial fenicio-púnico se caracterice por acercarse lo más posible a los lugares de mercado más próximos a los ámbitos de extracción de recursos con el fin de eliminar cualquier aumento de valor que la transmisión prolongada entre indígenas pudiera generar sobre estos y hacer valer en cambio los productos que se traen de fuera (LÓPEZ PARDO, 1987: 341). La búsqueda de estos mercados debía apoyarse sobre estaciones subsidiarias que hicieran el papel de brazo articulado. De tal manera que el paso del s. VIII a.C. con muy pocos asentamientos (*Lixus*) al s. VII a.C. con enclaves menores pero muy abundantes en los estuarios costeros es en realidad una profundización de este proceso de acercamiento y control de los mercados de los productores indígenas de materias primas. Se da un paso más en el proceso cuando los fenicios están presentes tierra adentro siguiendo los grandes cauces fluviales, como en *Banasa* sobre el Sebou y en Carmona, Cancho Roano y Medellín en las cuencas del Guadalquivir y Guadiana para acabar con la creación de establecimientos especializados en la producción pesquera que vemos estrechamente ligada a la práctica comercial. Por ello consideramos dichas fases como partes de un mismo proceso.

En referencia a lo que veníamos diciendo, hay varios interrogantes que nos podemos plantear. Uno de ellos sería si algunas producciones agrícolas entran en esta organización comercial al igual que las salazones de pescado. Y por otro lado si se puede hablar de la creación de establecimientos especializados en esta actividad como ocurre con las pesquerías.

A partir de la negación del modelo de las escalas náuticas cobraron fuerza otros modelos explicativos. Unos recuperaron los planteamientos tradicionales completándolos con las últimas novedades. Así por ejemplo H. Schubart y O. Arteaga (1986: 499-525) sostienen que los enclaves de la Andalucía mediterránea no serían escalas sino verdaderos centros comerciales con posibilidades productivas. Por su parte M. Fernández Miranda (1995: 401) consideró últimamente que las relaciones tanto marítimas como hacia el interior eran la primera razón de existir de estos enclaves y no la explotación de grandes espacios.

La otra propuesta trasciende el carácter unitario del modelo anterior, proponiendo un modelo de colonización doble, ya que a la incuestionable colonización comercial se sumaría una colonización posterior de carácter agrícola. Si bien C. R. Whittaker (1974: 58-63) fue el primero en introducir de forma estructurada la producción agrícola como causa de una colonización fenicia, su pretensión de que desde su mismo origen los tirios iban buscando lugares apropiados para la explotación agrícola, le restó credibilidad a su propuesta, así como el gran parecido que se vislumbraba con el esque-

ma de la colonización griega. Esta propuesta sin embargo ha tenido la virtud de remover planteamientos que se consideraban fijos y cuya solidez se basaba no en la fuerza de sus argumentos sino en que no se habían imaginado otras posibilidades.

Un nuevo supuesto fue formulado por M. E. Aubet años después (1987: 288-291), postulando dos modelos occidentales de ocupación colonial: el modelo mercantil de *Gadir*, ciudad que se ocuparía en crear zonas propias de explotación comercial, Marruecos atlántico, Oran, etc., y en controlar progresivamente la explotación y comercio de metales en el Bajo Guadalquivir. El segundo se refiere a la fundación de colonias de explotación agrícola de Andalucía Oriental. Últimamente, sin embargo ha hecho una nueva propuesta, que pretende ser también global, sugiriendo la existencia de un proceso evolutivo inverso al de la colonización griega, de forma que los enclaves inicialmente comerciales de la costa mediterránea andaluza se convertirían a la postre en colonias agrícolas (1994: 301).

El otro presupuesto, inicialmente planteado por C. G. Wagner (1987: 331-333) y estructurado poco después por él y J. Alvar (1989: 61-102), parte también del problema de la función de los establecimientos de la costa mediterránea andaluza, aunque por otro lado se considera deudor de la hipótesis de C. R. Whittaker. Su explicación, muy amplia, pretende dar respuesta puntual a todos los interrogantes que una propuesta de estas características aportaba a la discusión científica. Presentan un detallado planteamiento de las condiciones geográficas y ecológicas de la costa de Fenicia relacionadas con previsible problemas demográficos y económicos unidos a la coyuntura política, que según los autores propició que el campesinado tiroio emigrase masivamente a Occidente en el siglo VII a.C. El detonante fue la presión ejercida por los asirios sobre el territorio de Tiro. A continuación los autores recogen exhaustivamente los indicios posibles de esta colonización, proponiendo la decidida fundación de colonias agrícolas para dar cabida a la población campesina que estaba afluyendo desde Tiro.

Las evidencias más directamente relacionadas con la posible actividad agrícola eran las siguientes: los lugares elegidos eran pequeñas pero fértiles vegas regadas por ríos; y la fabricación en la región del Estrecho de ánforas R-1 que los autores vinculan por primera vez con una intensa producción agrícola destinada al comercio (WAGNER, 1989: 426-27).

Los indicios para sostener tal argumento se han debilitado en la actualidad. Empezando por aquel que señalaba las buenas condiciones para la agricultura de los estuarios de los ríos donde se encontraban los poblados. La evidencia paleogeográfica viene a reducir enormemente el potencial de tierra de labor disponible en la parte baja de los cauces granadinos y mala-

gueños (SCHUBART, 1991: 1245-51). Además la deforestación y posterior erosión de los valles costeros con su consecuente colmatación de los estuarios no tuvo lugar en época fenicia como se venía postulando, sino que ésta se produjo al final de la Edad Media y en la Edad Moderna (1251). No es posible atribuir a los fenicios, ni siquiera a los indígenas de la zona, la sobreexplotación de la masa boscosa con supuestos fines agrícolas o mineros.

Este modelo presentado por los autores para animar la discusión científica ha sido discutido de forma minuciosa por M. Carrilero (1993: 171-182) con un apoyo documental arqueológico muy abundante y por J. L. López Castro (1992: 60-66) que realiza una crítica metodológica señalando la necesidad de incluir la propuesta en un modelo de mayor amplitud. Ambos han tenido la deferencia de ocupar su tiempo en contrastar la hipótesis lanzada por los otros investigadores como revulsivo científico para una problemática histórica sin duda estancada.

Si bien sigue siendo enormemente difícil plantearse que algunas colonias de la región del Estrecho habían sido fundadas con claros fines de producción agrícola y que por lo tanto hubiera asentamientos especializados en esta actividad como los señalados que se dedicaban a la pesca, es incuestionable que desde fines del siglo VIII a.C. hay una progresión muy significativa en la producción de ánforas de saco en el Círculo del Estrecho, de las que no todas podemos creer que estaban llenas de salazones de pescado. Con lo cual se puede responder afirmativamente a la primera cuestión planteada previamente, esto es, que por un lado existe una producción de alimentos de carácter agrícola en el ámbito colonial y por otro que los mismos fueron introducidos en el circuito comercial al igual que las salazones de pescado.

Este modelo de agricultura y pesca de carácter comercial integradas en una organización de intercambio desigual lo hemos propuesto para la colonización fenicia y púnica en Marruecos (LÓPEZ PARDO, 1987: 339-365) tomando como ejemplo sociedades del tercer mundo colonizadas en época reciente con información muy contrastada (COQUERY-VIDROWICH (ed.), 1980). Hemos de agradecer a C. G. Wagner y J. Alvar que hicieran suyo este planteamiento (WAGNER, 1988: 428; WAGNER y ALVAR, 1989: 85 y 91-92) aplicándolo a la Península Ibérica con el fin de superar las rigideces que implicaba proponer dos colonizaciones si no era integrando la actividad agrícola, al igual que otras actividades productivas, en la propia dinámica comercial atestiguada como fundamental.

Sin embargo de la documentación marroquí podía hacerse una doble lectura. Por un lado se destacaba el hecho de que tampoco se habían locali-

zadas colonias propiamente agrícolas, aunque *Lixus* a pesar de haber sido fundada inicialmente como emporio comercial contaba con un entorno con posibilidades de explotación agropecuaria, que si bien en un principio era aprovechado por comunidades indígenas, más adelante la ciudad fue haciéndose con los fértiles valles situados al norte de la localidad, aunque es difícil precisar el momento en que *Lixus* se hizo con su control. No en vano uno de los motivos iconográficos más infrecuentes en las monedas del Extremo Occidente como es el racimo de uvas comparte con los atunes el privilegio de ser usado en las acuñaciones monetales de la localidad.

Por otro lado se señalaba un fenómeno por demás interesante. En seis necrópolis de poblaciones campesinas indígenas de la región de Tánger se detectaba desde los siglos VII y VI a.C. una considerable profusión de objetos fenicios y púnicos, joyas de oro y plata, pulseras y otros objetos de bronce, huevos de avestruz decorados, hoces y cuchillos de hierro, cerámicas a torno pintadas, etc. (PONSICH, 1967; 1970). La abundante presencia de objetos fenicios en las necrópolis tangerinas sólo se puede explicar por su intercambio con productos indígenas parangonables. En este sentido, una presencia «suficiente» de objetos importados lo configura como un mercado de importación-exportación más o menos desarrollado y el hallazgo de materiales foráneos en el mundo agrario indica que éste ha sido insertado en el mismo (LÓPEZ PARDO, 1987: 344). La notable extensión de los productos importados entre la población (la mayoría de las tumbas tienen algún objeto orientalizante) indica la implicación de la mayoría de ellos en estas relaciones de intercambio ya sea mediatizado por las elites o no. También viene a probar que la orientalización no es un fenómeno exclusivo del grupo dominante sino que llega a tocar a todas las capas de la sociedad tangerina.

Llegamos a sugerir pues la introducción de manufacturas agrícolas indígenas en la estructura comercial fenicia, pudiéndose suponer que el papel de los fenicios en este tipo de producción era de intermediario (aunque no hay razones para rechazar una implicación más directa) que tiene su lógica en la necesidad de surtir los mercados occidentales ya sean indígenas o coloniales de vino y aceite sin tener que traerlos desde Oriente. Por otro lado este sistema parece muy conveniente por los perjuicios que puede reportar al comercio fenicio una ocupación territorial para establecer explotaciones agrícolas, al provocar inevitablemente un aumento de la conflictividad con los indígenas, cuando en realidad se tiende a evitar toda tensión que perjudique las transacciones comerciales. Esta no injerencia permite la supervivencia de un sistema colonial basado en las transacciones comerciales.

Poco tiempo después podía ser contrastada esta hipótesis al señalarse un caso similar en la Península Ibérica, cuando en Acinipo, en la serranía de Ronda, aparecieron ánforas de tipología fenicia que fueron fabricadas localmente para transportar en barco el vino y el aceite que los indígenas empezaban a producir (AGUAYO, GARRIDO y PADIAL, 1990). Un horno de ánforas de tipo fenicio también ha sido localizado en Cerro de los Infantes (Pinos Puente, en la vega de Granada) con una cronología de en torno al 600 a.C. (MENDOZA *et alii*, 1981: 171-210).

En resumen, la imagen de diáspora eminentemente comercial que nos muestran tanto las últimas evidencias norteafricanas analizadas como los nuevos hallazgos de la Península Ibérica, tiene su reflejo coherente a través del modelo propuesto en unas estructuras productivas claramente subordinadas que giran en torno al comercio como sector dinámico y prioritario. Donde podríamos imaginar por un lado el desarrollo de cultivos comercializables en torno a algunas colonias y factorías y sin ninguna duda en el *hinterland* indígena de las mismas, al parecer mayoritariamente en manos de poblaciones autóctonas, aunque en íntima relación con los fenicios. Y por otro el desarrollo de una intensa actividad pesquera y conservera con destino al mismo circuito, pero también con un importante valor estratégico para la supervivencia de algunas factorías comerciales que, primando la seguridad, se instalaron en lugares en los que era imposible sobrevivir de otra manera.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAYO, P., GARRIDO, O. y PADIAL, B. (1995): «Una ruta terrestre alternativa al paso del Estrecho en época Orientalizante. Constatación arqueológica», *II C.I.E.G. (1990)*, Madrid, 85-96.
- AGUAYO, P., CARRILERO, M. y MARTÍNEZ, G. (1991): «La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la Depresión de Ronda (Málaga)», *II C.I.S.F.P. (Roma, 1987)*, vol. II, 559-71.
- AKERRAZ, A. *et alii* (1981-82): «Fouilles de Dchar Jdid, 1977-1980», *BAM* 14, 169-244.
- AMADASI GUZZO, M. G. (1992): «Notes sur les graffitis phéniciens de Mogador», *Lixus*, 155-173.
- AMIN, S. (1973): «El comercio internacional y los flujos internacionales de capitales», *Imperialismo y comercio internacional. El intercambio desigual*, Madrid, 105-143.
- Id.*, (1986): *El desarrollo desigual*, Barcelona.
- ARANEGUI, C., BELÉN, M., FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y HERNÁNDEZ, E. (1992): «La recherche archéologique espagnole à Lixus: bilan et perspectives», *Lixus*, 7-15.

- AUBET, M. E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra.
- Id.*, (1991): Notas sobre las colonias del sur de España y su función en el marco territorial: el ejemplo del Cerro del Villar (Málaga)», *II C.I.S.F.P. (Roma, 1987)*, vol. II, 617.
- Id.*, (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Edición ampliada y puesta al día*, Barcelona.
- AUBET, M. E., MAASS LINDEMAN, G. y SCHUBART H. (1979): «Chorreras, un establecimiento fenicio al este de la desembocadura del Algarrobo», *N.A.H.*, 6, 91-134.
- BENICHO-SAFAR, H. (1982): *Les tombes puniques de Carthage*, Paris.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1988): «Los templos de Lixus (Mauritania Tingitana) y su relación con los templos de ciudades semitas representados en las monedas», *I CIEG*, Madrid, 529-561.
- BOKBOT, Y. y ONRUBIA PINTADO, J. (1992): «La basse vallée de l'oued Loukkos a la fin des temps préhistoriques», *Lixus*, 17-26.
- BONDI, S. F. (1984): «Per una caratterizzazione dei centri occidentali nella piú antica espansione fenicia», *Egitto e Vicino Oriente*, VII, 75-92.
- BOUBE, J. (1962): «Découvertes récentes à Sala Colonia (Chellah)», *BACTH*, 1959-60 (1962), 141-145.
- Id.*, (1981): «Les origines phéniciennes de Sala de Mauretanie», *BACTH*, 17, b, 155-170.
- CARRILERO, M. (1993): «Discusión sobre la formación social tartésica», *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, 163-185.
- CINTAS, P. (1948): «Fouilles puniques à Tipasa», *Revue Africaine*, 8, n. 27.
- Id.*, (1950): *Céramique punique*, Paris.
- Id.*, (1954): *Contribution a l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc*, Paris.
- COQUERY-VIDROWICH, C. (ed.) (1980): *Sociétés paysannes du Tiers-Monde*, Lille.
- CORZO, S. y SEMPERE, S. (1995): Panel presentado en el *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, (Cádiz, Octubre 1995).
- CULICAN, W. (1982): «The Repertoire of Phoenician Pottery», *Phonizier in Westen. Köln, april. 1979*, Mainz, 71-3.
- Derrotero de las costas del Mediterráneo*, núm. 3, tomo II, Cádiz, 1966.
- DESJACQUES, J. y KOEBERLÉ, P. (1955): «Mogador et les îles purpuraires», *Hesperis*, 42, 199-203.
- DESPOIS, J. y RAINAL, R. (1967): *Géographie de l'Afrique du Nord-Ouest*, Paris.
- EL-BEKRI, A. O. (1911-1913): *Description de l'Afrique Septentrionale*, (trad. De Slane, Mac Guckin, Alger, 1911-1913), reimpr. Paris, 1965.
- EMMANUEL, A. (1973): «El intercambio desigual», *Imperialismo y comercio internacional. El intercambio desigual*, Madrid, 29-68.
- EUZENNAT, M. (1960): «L'Archéologie marocaine», *BAM*, 4, 1958-60, 529.
- Id.*, (1990): Banasa, *Encyclopédie Berbère*, 8.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1995): «Les phéniciens en Occident et la réalité tartésique», *I fenici: ieri oggi domani. Roma 3-5 marzo 1994*, Roma, 395-407.

- GÓMEZ BELLARD, C. (1995): «Baléares», *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, V. Krings (ed.), Leiden, New York, Köln, 762-775.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1991): «La presencia fenicia en el Levante Peninsular y su influencia en las comunidades indígenas», *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica (Ibiza 1986-1989)*, Ibiza, 109-115.
- Hecataei Milesii fragmenta*, G. Nenci (ed.), Florencia, 1954.
- JACQUES-MEUNIE, D. J. (1951): *Greniers citadelles au Maroc*, Paris.
- JODIN, A. (1966): «Bijoux et amulettes du Maroc Punique», *BAM*, 6, 65-80.
- KOEHLER, P. H. (1930): «Une tombe punique au Cap Spartel», *Revue des Musées (Dijon)*, 19-20.
- LAREDO, A. I. (1954): «Recientes descubrimientos arqueológicos en la zona internacional de Tánger», *I CAME*, 360.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1992): «La colonización fenicia en la P.I.: 100 años de investigación», *La colonización fenicia en la P.I. 100 años de investigación*, Almería, 60-66.
- LÓPEZ PARDO, F. (1987): *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*, Madrid.
- Id.*, (1990): «Nota sobre las ánforas II y III de Kuass (Marruecos)», *Antiquités Africaines*, 26, 13-23.
- Id.*, (1990a): «Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica», *AEspA*, 63, 7-41.
- Id.*, (1991): «El Periplo de Hannon y la expansión cartaginesa en el África Occidental», *V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (1990)*, Ibiza, 59-70.
- Id.*, (1992): «Mogador "factoría extrema" y la cuestión del comercio fenicio en la costa atlántica africana», *Actes du Ve Colloque International d'Histoire et Archeologie de l'Afrique du Nord. (Avignon, 9-13 avril, 1990)*, Paris, 277-296.
- Id.*, (1992a): «Reflexiones sobre el origen de Lixus y su *Delubrum Herculis* en el contexto de la empresa comercial fenicia», *Actes du 1er Symposium sur la ville antique de Lixus. Larache, 8-11 nov. 1989*, Roma, 85-101.
- Id.*, (en prensa): «La fundación de Lixus», *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios fenicios y púnicos (Cádiz, 2-7 de octubre de 1995)*.
- Id.*, (en prensa a): «El estudio del material cerámico de la factoría fenicia de Essaouira (antigua Mogador)», *Homenaje a Manuel Fernández Miranda*.
- LUQUET, A. (1956): «Prospection punique de la côte atlantique du Maroc», *Hesperis*, 43, 117-132.
- Id.*, (1964): «La céramique préromaine de Banasa», *BAM*, 5, 117-144.
- Id.*, (1973-75): «Contribution a l'Atlas archéologique du Maroc. Le Maroc punique», *BAM*, 9, 261.
- Id.*, (1973-75a): «Note sur la navigation de la côte atlantique du Maroc», *BAM*, 9, 297.
- MAYET, F. y TAVARES DA SILVA, C. (1993): «Presença fenicia no baixo Sado», *Estudos Orientais*, IV, Lisboa, 127-142.
- MENDOZA, A. et alii (1981): «Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Provinz Gra-

- nada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien», *MM*, 22, 171-210.
- MUÑOZ, A., FRUTOS, A. DE y BERRIATUA, N. (1988): «Contribución a los orígenes de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la bahía de Cádiz», *I.C.I.E.G.*, Madrid, 487-508.
- PALLOIX, Ch. (1973): «El problema del intercambio desigual. Una crítica de la economía política», *Imperialismo y comercio internacional. El intercambio desigual*, Madrid, 145-184.
- PELLICER, M. (1986): «Sexi fenicia y púnica», *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, 107.
- PEREDA ROIG, C. (1954): «Itinerarios arqueológicos de Gomara. La costa», *I.C.A.M.E.*, Tetuan, 443-460.
- POLANYI, K. (1963): «Port of Trade in Early Societies», *Journal Economic History*, 23, 38-45.
- PONSICH, M. (1964): «Contribution à l'Atlas archéologique du Maroc: Région de Tânger», *BAM*, 5, 272.
- Id.*, (1967): *Nécropoles phéniciennes de la région de Tânger*, Tânger.
- Id.*, (1967a): «Kouass. Port antique et carrefour des voies de la Tingitane», *BAM*, 7, 369-405.
- Id.*, (1970): *Recherches archéologiques à Tânger et dans sa région*, Paris.
- Id.*, (1971): *Implantation humaine dans le Tangerois. Du paleolithique à la période romaine*, Rabat.
- Id.*, (1982): «Territoires utiles du Maroc punique», *Phönizier in Westen (Köln, 1979)*, Mainz, 429-444.
- RAMÓN, J. (1991): «El yacimiento fenicio de Sa Caleta», *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1986-89)*, Ibiza, 177-187.
- REBUFFAT, R. (1974): «Vestiges antiques sur la cote occidentale de l'Afrique au sud de Rabat», *AntAfr*, 8, 25-49.
- RUIZ CABRERO, L. y LÓPEZ PARDO, F. (en prensa): «Cerámicas fenicias con graffiti de la isla de Essaouira (antigua Mogador, Marruecos)», *Rivista di Studi Fenici*.
- RUIZ GÁLVEZ, M. (1983): «Espada procedente de la ría de Larache en el Museo de Berlín Oeste», *Homenaje a Martín Almagro Basch*, Madrid, t. II, 63-68.
- RUIZ MATA, D. (1986): «Las cerámicas fenicias de Torre de Doña Blanca», *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, vol. I., 241-260.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de D.ª Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*, El Puerto de Santa María.
- SCHUBART, H. (1991): «Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera de los asentamientos fenicios en la Andalucía mediterránea», *II C.I.S.F.P. (Roma, 1987)*, vol. III, 1245-1251.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1986): «El mundo de las colonias fenicias occidentales», *Homenaje a Luis Siret (Cuevas de Almanzora, 1984)*, Sevilla, 449-521.
- SCHUBART, H. y MAASS-LINDEMANN, G. (1984): «Toscanos», *NAH*, 18, 40-205.

- TARRADELL, M. (1953): «Tres notas sobre arqueología púnica del Norte de África», *AEspA*, 26, 162-3.
- Id.*, (1954): «Marruecos antiguo: nuevas perspectivas», *Zephyrus*, 5, 122.
- Id.*, (1954a): «La necrópolis púnico-mauritana del Cerro de San Lorenzo en Melilla», *I CAME*, Tetuan, 261-266.
- Id.*, (1955): «Avance de la primera campaña de excavaciones en Caf Taht el Gar», *Tamuda*, 3, 307-322.
- Id.*, (1955a): «Exploración de las costas», *AEspA*, 28, 187.
- Id.*, (1958): «Notas acerca de la primera época de los fenicios en Marruecos», *Tamuda*, 6.
- Id.*, (1960): *Marruecos púnico*, Tetuan.
- Id.*, (1966): «Contribution a l'Atlas archéologique du Maroc: Région de Tetouan», *BAM*, 6, 425-446.
- Id.*, (1967): «El poblamiento antiguo del valle del río Martín», *Tamuda*, 5, 247-274.
- Id.*, (1968): «Problemas de urbanismo prerromano en el Extremo Occidente», *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 309-313.
- Thamusida I* (1965), Paris.
- VEGAS, M. (1992): «Carthage: la ville archaïque. Céramique d'importation de la période du Géométrique Récent», *Lixus. Actes du Colloque (Larache, 8-11 Nov. 1989)*, Roma.
- VUILLEMOT, G. (1954): «Fouilles puniques à Mersa Madakh», *Libyca*, II, 299-342.
- Id.*, (1955): «La nécropole punique du phare dans l'île Rachgoun (Oran)», *Libyca*, III, 7-62.
- Id.*, (1965): *Reconnaissances aux échelles puniques d'Oranie*, Autun.
- VILLARD, F. (1960): «Céramique grecque du Maroc», *BAM*, 4, 12-4.
- VILLAVERDE VEGA, N. y LÓPEZ PARDO, F. (en prensa): «Una nueva factoría de salazones en *Septem Fratres* (Ceuta). El origen de la localidad y la problemática de la industria de salazones en el Estrecho durante el Bajo Imperio», *II C.I.E.G.* (1990).
- WAGNER, C. G. (1988): «Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios al este del estrecho», *I C.I.E.G.*, Madrid, 419-27.
- Id.*, (1993): «Aspectos socioeconómicos de la expansión fenicia en Occidente: el intercambio desigual y la colonización agrícola», *Estudis d'història econòmica*, 1993/1, 13-37.
- WAGNER, C. G. y ALVAR, J. (1989): «Fenicios en occidente: la colonización agrícola», *RSF*, XVII, 1, 61-102.
- WHITAKER, C. R. (1974): «The Western Phoenicians: colonisation and asimilation», *Proceeding of the Cambridge Phyllogical Society*, 200, 58-79.